

29 Enc. 78
19536
332-29
EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

**LAS CAMPANAS
DE CARRION,**

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DE

ROBERT PLANQUETTE.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1877.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.º DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las puertas del cielo.....	1	D. J. Jackson Veyan...	Todo.
Dos enemigos íntimos.....	1	E. Zamora y Caballero	»
El mejor juez, la conciencia.....	1	L. Parejo y Reina...	»
El que escupe al cielo.....	1	Guillermo Perrin...	»
El tesoro de los sueños.....	1	José Jackson Veyan..	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia..	1	Leopoldo Parejo....	»
Enciclopedia.....	1	Calixto Navarro....	»
Breton.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Cazar con liga.....	1	Eduardo Inza.....	»
La agencia matrimonial.....	1	D. ^a Asuncion Lozano...	»
La justicia de Dios.....	1	D. L. Parejo y Reina...	»
La ley del trabajo.....	1	Mariano Chacel.....	»
La primera noche.....	1	Mariano Chacel.....	»
La sombra negra.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Maria.....	1	José María Nogués...	»
Me caso.....	1	Estéban Garrido....	»
Para el corazon no hay clases.....	1	L. Parejo y Reina...	»
Quien á hierro mata.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Quien no se vence á sí mismo.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Sonar despierto.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Una balsa de aceite.....	1	Pedro María Barrera.	»
Una casera modelo.....	1	D. ^a Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria.....	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Un pollo fiambre.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Una tempestad de verano.....	1	Julio Nombela.....	»
Un conspirador.....	1	Navarro.....	»
Un detalle de la vida.....	1	Adelardo de la Calle.	»
El señor de Manzanillo.....	2	Salvador M. Granés..	»
El sombrero del ministro.....	2	Sres. Nombela y Castillo.	»
Para tal culpa tal pena.....	2	D. José Echegaray....	»
El corazon de una madre.....	3	José Luis Clot.....	»
El esclavo de su culpa.....	3	J. Antonio Cavestany.	»
El tabernero de las Vistillas ó manólos y franceses.....	3	R. G. Santisteban...	»
Haz bien.....	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente.....	3	Sres. C. S. Bravo y Esté- ban Garrido.....	»
Lo que no puede decirse.....	3	D. José Echegaray....	»
Realistas y Puritanos.....	3	José Luis Clot.....	»
El 13 de febrero.....	4	José María Sanchez..	»

LAS CAMPANAS DE CARRION.

Toñe Rodríguez

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reg. 91.0354. lib. 29.

55-6

LAS CAMPANAS DE CARRION,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DE

ROBERT PLANQUETTE.

Estrenada en el Teatro de la ZARZUELA el día 22 de Diciembre de 1877.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

NORA.....	SRA. FRANCO DE SALAS.
CELIA.....	SRTA. SOLER-DIFRANCO.
JUANA.....	SRTA. FRANCO (D. ^a J.).
DON LOPE.....	SR. FERRER.
GASPAR.....	BANQUELLS.
EL ALCALDE.....	TORMO.
BENITO.....	RINET.
Mozas y mozos del pueblo.	

La accion pasa en Carrion de los Condes á fines del siglo XVII, durante el reinado de Carlos II.

Esta obra está escrita sobre el pensamiento de la ópera cómica francesa. «*Les Cloches de Corneville*.»

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

1.^a En todos los teatros de provincias, el papel de *Celia* es el de la primera tiple, y el de *Nora* el de la tiple cómica, por lo tanto, se cambiará el orden del reparto en los carteles.

2.^a En las compañías donde no haya, como en la de Madrid, dos tenores cómicos, el papel de Benito le desempeñará el tenor cómico, y el del Alcalde, el bajo cómico, para la cual está apuntada dicha parte en la partitura.

3.^a Tambien está apuntada la parte de D. Lope, para el caso en que tenga que hacer dicho papel el primer tenor, en vez del primer barítono, teniendo en cuenta, que ese papel corresponde al primer galán.

4.^a Estando prohibido expresamente por el maestro compositor de la música de esta obra, el que se pueda copiar en todo ó en parte, se previene á las Empresas de teatros que no se permitirá la representacion de esta Zarzuela sin el instrumental grabado, sellado y numerado que facilitará á las que la quieran representar, el Editor de esta Galería D. Alonso Gullon.

A MIS QUERIDOS AMIGOS
DON MIGUEL RAMOS CARRION
Y DON TORIBIO GRANDA.

Al ver representar juntos en París la ópera cómica *Les Cloches de Corneville*, convinimos unánimemente en que para ser bien recibida en España se necesitaba hacer un arreglo de tal importancia que casi no valía la pena de emprenderle. Había que suprimir un acto, localizar la escena, españolizar los tipos, dar un colorido uniforme á la accion, simplificar la marcha, eliminar diez ó doce piezas de música, suprimir cuatro ó seis personajes, hacer, en fin, una zarzuela española de una abigarrada obra francesa, con sus puntos de tragedia, y sus ribetes de ópereta bufa. El acto tercero, casi nuevo completamente en mi arreglo, prueba, sobre todo, que no nos habíamos equivocado.

Circunstancias especiales de la Empresa del teatro de Jovellanos me han obligado á apresurar este trabajo más de lo que yo hubiera querido; pero al ver el éxito brillante de *Las Campanas de Carrion*, no he podido ménos de querer asociar vuestro nombre al mio, en recuerdo de nuestra agradable expedicion del verano último.

Siempre vuestro amigo de corazon

Luis Mariano de Larra.

LIBRARY OF THE

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

ALBANY, N. Y. 12202
The following is a list of the books in the collection of the
New York Public Library, Astor Lenox Tilden Foundation,
which are now in the possession of the Albany, N. Y. Public
Library. The books are listed in the order in which they
were received by the Albany, N. Y. Public Library, and
are arranged in the order of their accession numbers.
The books are listed in the order of their accession numbers,
and are arranged in the order of their accession numbers.
The books are listed in the order of their accession numbers,
and are arranged in the order of their accession numbers.

ALBANY, N. Y. 12202

ALBANY, N. Y. 12202

ALBANY, N. Y. 12202

ALBANY, N. Y. 12202

ALBANY, N. Y. 12202

ALBANY, N. Y. 12202

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plazoleta con árboles, cerca del campo donde se verifica la feria. En el centro una fuente. En último término se distingue el antiguo castillo de Carrion, que debe tener un torreón con campanas.

ESCENA PRIMERA.

MOZOS y MOZAS.

JUANA, GERTRUDIS, MOZOS y MOZAS del pueblo en traje de día de fiesta.

MÚSICA.

INTRODUCCION.

Ese tunante de Benito
ya no te quiere aquel poquito
que ayer llegó á jurar;
con él no debes ya contar.

(A Juana.) Elije novio más gentil
y más veraz,
ya que tras Nora el zascandil
corriendo va.

JUANA.

Todas aquí de más estamos
desde que Nora quiere á ese doncel.

CORO. Como él no la ama ya,
la tonta va tras él.
Dicen, dicen que es verdad
y que en pos de Celia él va.

ESCENA II.

DICHOS, NORA, que ha oído las últimas palabras.

NORA. ¡Eh! ¿Quién habla tan mal aquí
de mí?

CORO. ¡Ella!

NORA. (Con ironía.) ¡Gracias mil!

MOZOS. Juana hablaba mal de tí.

JUANA y MOZAS. Yo te juro que no fuí.

NORA. Sé muy bien que os gusta murmurar;
pero á tantas murmuraciones
vengo resuelta á contestar.

CORO. ¡Bien va! Bien va! (Con alegría.)

I.

NORA. Dicen, dicen que hay mil mozas
por Benito derretidas:
dicen, dicen que á escondidas
en su casa entrar las ven.

¡Me parece bien!

Dicen, dicen que de noche
aún con agua suficiente,
Mariquita va á la fuente
sin que nadie sepa á qué.

¡Pero yo lo sé!

—

Se dice tanto en fin,
que si á decirse va,
las mozas de Carrion
se quedan sin casar.

—

Pues hablábais mal de mí,
ya se ve que á no dudar,

todas, todas las de aquí
teneis por qué callar.

CORO. (Á Juana.) Por tal murmuracion
nos dijo la verdad;
la sobra la razon;
tenemos que callar.
Por meterte á descubrir
lo que tapa cada cual,
ya ves qué bien nos va.

II.

NORA. Dicen, dicen que en la iglesia
cuando entrar ven á Benito,
rezan todas callandito
al bendito san Ramon
una oracion;
y es que el Santo, segun dicen,
á despecho del demonio,
suele hacer que el matrimonio
tenga siempre sucesion.
¡Cuánta devocion!

—
Si el santo dá en oír
tan rara peticion,
no va ni aun á dormir
el cura de Carrion.

—
Pues hablábais mal de mí,
ya se ve que á no dudar,
todas, todas las de aquí
teneis por qué callar.

CORO. Por tal murmuracion
nos dijo la verdad;
la sobra la razon;
tenemos que callar. (Á Juana.)
Por meterte á descubrir

lo que tapa cada cual,
ya ves qué bien nos va.

(Al concluirse la introduccion, todas las mozas rodean á Nora,
y los mozos quedan colocados al otro lado del proscenio.)

HABLADO.

- JUANA. ¿Conque es decir que Benito ya no te quiere?
- NORA. Benito es un tunante que me ha dado mil veces palabra de casamiento.
- JUANA. ¡Y á mí!
- TODAS. ¡Y á mí!
- NORA. Pero es el caso que desde hace tres meses, por más que nosotros no dejamos de perseguirle, no nos hace caso.
- JUANA. Ya había yo notado su cambio. Desde que el señor Gaspar se trajo á Celia, esa pavisosa de Valladolid, Benito no es ya el mismo. Finge que baila con todas, y que con todas se divierte; pero no deja á la tal Celia á sol ni á sombra.
- NORA. Yo era la preferida, según creíais todas: pues bien, apenas si me ha vuelto á dirigir la palabra desde que sale de la casa del señor Gaspar.
- JUANA. Pero ¿por qué has dejado un amo que, malo y todo, te ha tenido en su casa tantos años?
- NORA. Diez y nueve, que son los que cumplí ayer; pues si me dijeran... ¿quieres volver á servir al señor Gaspar ó sirves al demonio desde hoy? Sin vacilar un momento diría... elijo por amo al demonio con cuernos y todo.
- JUANA. Pero ello es, que aunque te hayas marchado de su casa, eres su hija adoptiva.
- NORA. Eso dice él y afirma todo el pueblo. Parece que me encontró á la puerta de la iglesia en una noche de Enero.
- JUANA. ¿Recien nacida?
- NORA. No: dicen que yo tenía ya seis ó siete días de edad. Desde entónces el señor Gaspar me ha tenido en su corral, educándome entre sus gallinas y sus patos, y de seguro,

si hubiera podido torcerme el cuello como á sus bichos, no hubiese dejado de hacerlo. Pero si he pasado por todo, no he querido pasar por tener que servir á su sobrina.

JUANA. ¡Buena sobrina te dé Dios! Si todo el pueblo sabe que el señor Gaspar no tenía hermanos!

NORA. Lo más chocante es que un hombre tan avaro y miserable como Gaspar, se haya gastado tanto dinero en ir por ella, traérsela á su casa, vestirla con tanto lujo y tenerla á su lado como una princesa! ¡Él! ¡que de cada docena de garbanzos apartaba uno para almorzar al día siguiente!

JUANA. Lo cierto es que desde que esa sobrina ha llegado, Benito, que se moría por tí, se muere por ella, y que ella no le mira con malos ojos!

NORA. Eso no puede ser, supuesto que Gaspar la quiere casar con el señor Alcalde, y todo está ya arreglado para que la boda se celebre uno de estos días de feria.

JUANA. ¿Nada ménos que con el Alcalde? ¡Eso sí que es tratarla como á princesa!

NORA. Cuando la princesa, quién sabe si lo seré yo!

TODOS. ¿Tú?

NORA. ¡Claro! Puesto que nadie sabe de dónde he venido, puedo haber venido... de cualquier parte!

JUANA. ¡Eso es indudable!

NORA. Y si no... oid lo que yo pienso y vereis cómo tengo razón.

MÚSICA.

NORA. En una manta desnudita
según ha dicho el gran bribón,
estaba yo rebujadita
junto á la iglesia de Carrion.

Sin mantillas ni pañales,

sin papeles ni señales
que pudieran dar al mundo
de mi origen prueba fiel,
puedo ser de igual manera
hija de una verdulera
que de un noble sin segundo,
ó de un Príncipe, ó de un Rey.

Y muchas veces he soñado
una basquiña al estrenar,
que veinte negros y un criado
me la ayudaban á llevar.

Y que en magníficos salones,
caballeros más de mil,
con el birrete en los talones
iban todos tras de mí.

(Haciendo cortesías ridículas.)

Y que á las damas más apuestas
que envidiaban mi blason,
yo con miradas indigestas
las echaba del salon.

Conque ya veis que si soñando
señora soy tan principal,
debo creer de cuando en cuando
que por mi casa no estoy mal.

CORO.

No hay duda, no, que esta muchacha
es una dama principal.

ESCENA III.

DICHOS, GASPAS, el ALCALDE, que entran sin ser vistos por la izquierda.

HABLADO.

JUANA. Pues mientras te reconocemos ó no por Princesa, lo

- mejor es que asistamos á la boda de Celia.
- NORA. ¡Vaya una boda! La novia tiene diez y nueve años y el novio cincuenta: ¡y qué feo y qué raro es el señor Alcalde!
- ALC. (Acercándose.) Muchas gracias, hija.
- TODAS. ¡Ay! El Alcalde! (Retrocediendo.)
- NORA. No... perdonad... si á quien llamábamos feo era al salvaje de Gaspar.
- GASPAR. (Acercándose.) ¿Á mí? ¡Lengua de víbora!
- TODAS. ¡Ay! ¡Gaspar!
- NORA. ¡Chicas, á la feria!
- TODAS. ¡Á la feria!
- NORA. ¡Qué par de aves de rapiña!
- TODOS. ¡Á la feria!! (Se van. Música en la orquesta hasta que se van todas.)

ESCENA IV.

GASPAR, el ALCALDE.

- GASPAR. Decididamente yo he de matar á esta viborilla.
- ALC. Pero señor Gaspar, no tomeis las cosas tan á pecho!
- GASPAR. Y en cuanto á Celia, yo os juro, que como la encuentre otra vez con el tunante de Benito...
- ALC. Yo os prohibo, como Alcalde que soy de la villa de Carrión, por nuestro amado rey don Carlos segundo, que paseis á vías de hecho. Celia será mi mujer segun me habeis prometido, y no quiero escándalos.
- GASPAR. Pero hasta que lo sea no permitiré que ese mozo atrevido me la traiga al retortero como á todas las demás mozas del pueblo. Benito es un ambiciosuelo; y así como ántes perseguía á Nora por estar en mi casa y creerla mi ahijada, ahora enamora á Celia por ser mi sobrina. ¿De dónde habrá sacado ese tuno que tengo yo dinero para dotar á todas las mujeres de mi casa? Primero que dársela, mataba á mi sobrina!
- ALC. Señor Gaspar, vamos á cuentas. Todo el mundo habla de vuestro parentesco con Celia en son de burla, y yo

hoy necesito que me le expliqueis para poder entenderme.

GASPAR. La cosa es muy clara. Cuando el conde de Carrion se rebeló contra nuestro difunto rey don Felipe cuarto, y debió á su fuga de España el no ser ahorcado como lo fueron todos sus cómplices, yo era su mayordomo. Vendieronse los bienes del proscrito, excepto su castillo desmantelado, que sólo sirvió entónces de madriguera á los lobos, y ahora de guarida de fantasmas y aparecidos. Yo seguí viviendo solo en Carrion, esperando que el mejor día, muerto ya el rey y olvidada la rebelion, regresara el conde, ó cualquiera de sus hijos, á sus antiguos dominios.

ALC. Pero como el conde tenía ya cerca de sesenta años cuando salió de España, hoy debe tener noventa; y si vive, cosa que nadie sabe, más estará para pensar en su última hora, que para querer visitar lo único que le queda de sus cuantiosos bienes: ese maldito castillo, terror de los aldeanos y antro de brujas y endemoniados. ¿Pero qué tiene todo eso que ver con Celia, vuestra sobrina?

GASPAR. Voy al caso. Muertos todos mis parientes durante tantos años, sólo me quedaba una hermana, madre de Celia, que residía en Valladolid. Su mucha piedad religiosa, la hizo llevar á su hija á un convento de monjas Carmelitas: pero al verme yo viejo y enfermo, al saber que había muerto la madre, y al encontrarme con que no tenía á mi lado una mujer que cuidara de mi vejez, pues Nora, á quien había recogido recién nacida, era tan ingrata para mí, resolví traerme á Celia conmigo, y para ello, hablé con la abadesa, emprendiendo juntos la vuelta á Carrion, no sin tener que vencer ántes la repugnancia de Celia, que se me escapó al ser de noche, en la primera parada. ¿Os vais enterando?

ALC. ¡Perfectísimamente!

GASPAR. Busquéla por todas partes y me la encontré á la orilla del Pisuerga, en los brazos de ese tuno de Benito, que

segun parece la había sacado del rio, donde ella se había arrojado desesperada. Yo hubiera hecho lo mismo: vos hubierais hecho lo mismo: todo el mundo hubiera hecho lo mismo!

ALC. Lo que es yo, no sé si me hubiera dado ese baño. Pero seamos francos: cuando pienso en todo lo que habeis hecho para inclinarme á esa boda...

GASPAR. ¿Yo?

ALC. Sí, vos. Yo puedo ser un imbécil, como dicen en el pueblo; pero no tanto que no comprenda que al darme vos á vuestra sobrina, debe haber gato encerrado, y un gato mas grande que un cordero!

GASPAR. ¿Y qué os importan las malas lenguas? Aunque yo no fuera tío de Celia, que sí lo soy, eso no es cuenta de nadie: y si como dicen, fuera yo un avaro, no la daría para casarse con vos, y no con otro, mil doblones cantantes y sonantes despues de la ceremonia.

ALC. De modo que mi boda...

GASPAR. Ha de celebrarse á despecho de todo el mundo, aunque sonarán al casaros las campanas de ese maldito castillo de Carrion, que segun los aldeanos viejos, sólo han de volver á sonar para anunciar catástrofes y desgracias.

ALC. Á propósito de campanas. ¡Yo no las he oido nunca!

GASPAR. Ni yo tampoco, desde que el señor conde huyó de su castillo, hace treinta años.

ALC. Lo natural es que las campanas no suenen jamás, porque nadie las toca; y por que no queriendo penetrar nadie en el pavoroso castillo, acabará este de hundirse ántes de que las campanas vuelvan á sonar. Pero de eso iba á hablaros. Puesto que el anciano conde habrá ya muerto sin dejar herederos, toda vez que estos no se han presentado: puesto que tal vivienda sólo sirve para infundir terror al pueblo con sus aparecidos fantasmas, duendes, brujas, etc., etc.; y puesto que se está desmoronando piedra á piedra, pienso oficiar á la Chancillería de Valladolid para que nos permitan derribarle, y construir con sus piedras, un lavadero y un

mercado que nos hacen falta.

GASPAR. (Diablo! lo que temía!) Guardaos muy bien de tal cosa! que hay fantasmas y gentes del otro mundo en el castillo, es indudable: vivan ellas ó mueran á su gusto: hún-dase él, cuando le plazca: sigan sin tocar sus campanas hasta la consumacion de los siglos, y no nos metamos nosotros en lo que no nos importa. Casaos con mi sobri-na... y...

ALC. Hágase vuestra voluntad.

GASPAR. Y vuestra fortuna. ¿Quién os tose á vos con mujer luci-da y mil doblones por añadidura?

ALC. Hágase como decís y no hablemos más en el asunto.

GASPAR. Así me gusta. Gente llega! Ah! Es Benito. Dejadme que le ajuste unas cuentas!

ALC. Poco á poco! Ya os he dicho que no quiero escándalos, veníos conmigo!

GASPAR. Como le encuentre otra vez con ella, le mato!

ALC. (Sea ella mi mujer y lo demás es cuento.) Vamos!

GASPAR. Vamos! (Gran miedo he tenido; pero para algo ha hecho Dios en el mundo á los tontos!) (Vánse por la derecha.)

ESCENA V.

BENITO, por el foro izquierda.

MÚSICA.

Flor de los campos,
bien de mi vida,
niña querida
ven á escuchar,
la cantilena
de amores llena,
del que ambiciona
ser tu galan.

Dia y noche me abraso

de tu luz al calor,
dando al viento á tu paso
un suspiro de amor.

Déjale, déjale
á tí llegar:
guárdale, guárdale
por si se va.

De los desdenes
la cruel porfia
el alma mía
jamás sufrió:
mas los enojos
que dan tus ojos,
aunque me maten,
los quiero yo.

De tus mismos agrabios
voy en pos con placer:
por un beso en tus labios
diera todo mi ser!

Dime ya, dime ya
si mi alma ves:
guárdala, guárdala
que tuya es!

HABLADO.

Nada, yo creí que acudiría como otros días á mi voz:
pero por muchas ilusiones que yo me haga, la verdad es
que la tal Celia no me quiere gran cosa. Y el negocio
no puede ser más brillante. Yo hago mi papel á las mil
marabillas! Si logro obligarla á que se case conmigo en
vez de dar su mano al Alcalde, claro es que toda la
fortuna del avaro Gaspar será para mí con ¡el tiempo!
Y que debe tener una hucha!... La verdad: á mí, como

gustarme, me gusta mucho más Nora. Es resuelta, alegre; está muerta por mí, y en cambio Celia con su aire de señora... me impone de tal modo... Pero es guapilla: tiene también diez y nueve años, y sobre todo un porvenir!... Ah! Ella es! Valor y audacia!

ESCENA VI.

BENITO, CELIA, por la izquierda.

CELIA. ¡Dios quiera que no le encuentre!

BENITO. ¡Por fin has venido! (Acercándose.)

CELIA. ¡Benito! ¡Otra vez vos! Si nos encuentran juntos...

BENITO. (Y empeñada en no tutearme! Pues por mí no ha de quedar.) No temas; he visto al zorro de tu tío buscándote por la feria, y al bribon del Alcalde presidiendo el baile. Estamos solos y podemos hablar.

CELIA. Pero... ¿por qué os obstinaís en seguirme á todas partes? ¿No sabéis que me quieren casar y que todo está dispuesto para mi boda?

BENITO. Aún no eres mujer de ese moscardon, y podemos pensar en mil medios para estorbar esa boda maldecida. Además tengo tu palabra de que no has de ser de nadie más que de quien te salvó la vida, y puesto que ese fui yo, claro es que has de ser mi esposa.

CELIA. Eso he jurado: pero ¿acaso vos me amáis?

BENITO. ¡Yo te amo con toda el alma! ¿Por qué no me quieres tú?

CELIA. Puede que os quisiera á ser hombre menos perseguidor de todas las mozas.

BENITO. Eso era ántes de conocerte. ¿Tengo yo la culpa de que Juana... Nora... Gertrudis y otras no me dejen en paz, más para que no te quiera á tí, para que las quiera á ellas?

CELIA. ¿Pero qué las he hecho yo para que tan mal me traten?

BENITO. No te tratan mal; pero para ellas no eres más que una forastera. Hacíalas yo el amor ántes de tu venida;

divertíanse conmigo á su placer, y desde que tú has entrado en el pueblo, ni yo soy el mismo, ni ellas me ven como en otro tiempo.

CELIA. Todos dicen que amábais á Nora y que por mí la habeis dejado.

BENITO. Pues si la he dejado por tí, claro es que te quiero más que á ella. Y ademas, para tí no hay escape. Ó te casas segun quiere tu tio con el Alcalde que es viejo, feo y tonto, ó conmigo que soy jóven y que te salvé la vida, sacándote del rio donde te estabas ahogando, con peligro de ahogarme yo.

CELIA. Tanto me lo echais en cara que casi parece que no es cierto.

BENITO. (¡Demonio! ¡Si sospechará...) Te lo echo en cara para recordarte tu promesa.

CELIA. ¡Mi promesa! ¡Ya la recuerdo!

MUSICA.

CELIA. Al salir de mi convento,
el feliz contento;
la dichosa calma,
por mi mal perdí.

BENITO. Al mirarte sola y pura
niña y sin ventura,
yo mi amor te dí
y conseguí salvarte allí.

CELIA. Y yo la vida así os debí.

BENITO. En mis brazos todavía
sin saber quién era
el que te salvaba,
me juraste amor.

CELIA. Es verdad que os he jurado
que mi amor daría
á mi salvador.

Un sér ideal
mi mente forjó,
y el alma sin calma
la palma le dió.
Mas al ver en vos
el bien que soñé,
mi sueño risueño
sin dueño se ve.

BENITO. Si tú tímida
de mi amor no dudas,
hoy conténtate con ser al fin
mi bien.

Mírame sufrir
tan mortal desden,
y no pienses nunca
que yo te olvide infiel.

CELIA. Si con lágrimas
llego tuya á ser,
en odiosos brazos
feliz no seré.

Á DUO.

CELIA.
Si con lágrimas
llego vuestra á ser
en odiosos brazos
infeliz, infeliz seré.

BENITO.
Si aún con lágrimas
llegas mia á ser,
aunque no me quieras
yo feliz, yo feliz te haré.

CELIA. Quien contempla mi agonía
y al altar me guía,
sin que yo le adore
no me tiene amor.

BENITO. Como yo te llame mia,
ya verás un día
si te quiero yo.
Constante y sin par
amante seré,

no en vano tu mano
ufano obtendré;
y ya verás tú
llegándome á amar;
qué esposa dichosa
gozosa serás.

CELIA.

Sueños mágicos
de mi fé perdida,
huid rápidos ya que os creí
mi eden.

Que si un dia aquí
yo os acaricié,
ya en mi pecho nunca
á veros tornaré.

BENITO.

Si aún con lágrimas
llegas mia á ser,
yo á tu lado siempre
dichoso seré.

Á DUO.

CELIA.

Si con lágrimas
llego vuestra á ser,
en odiosos brazos
infeliz, infeliz seré.

BENITO.

Si áun con lágrimas
llegas mia á ser,
aunque no me quieras
yo feliz, yo feliz te haré.

HABLADO.

BENITO. Conque ¿en qué quedamos? ¿me quieres por esposo ó no?

CELIA. Yo no sé que vago presentimiento me aleja de vos.

BENITO. Pues *yo te digo que si tú tienes tan tenaz temor, te es-
timas en poco: (tómate tuteo.)*

CELIA. Por último, Benito, si os empeñais en recordarme mi

promesa, seré vuestra, pero no me pidais mi corazon, porque ese, ni siquiera es mio.

BENITO. Pues mira, para irte acostumbrando, empieza por darme los brazos. (Queriendo abrazarla.)

CELIA. ¡Dejadme! ¡Dejadme! (Huyendo.)

BENITO. Ni que lo pienses. No me voy de aquí sin un abrazo tuyo.

CELIA. ¡Dejadme; os digo!

BENITO. ¡Nunca!

ESCENA VII.

DICHOS, D. LOPE por la derecha interponiéndose entre ambos.

LOPE. ¡Alto ahí! ¡buen mozo!

BENITO. ¿Eh?

CELIA. ¿Cómo?

LOPE. Desde cuando se acostumbra en España, á tomar por fuerza lo que solo ha de darse de buen grado?

BENITO. ¿Y á vos, qué os importa?

LOPE. ¡Vive Dios... don Bellaco, que no os vendría mal tener mejores modos con forasteros y doncellas!

BENITO. ¿Quien os mete á vos en lo que no os atañe? (Con mal modo.)

LOPE. ¡Pudiera ser que te hiciera á cintarazos ser más comedido! (Llevando la mano á la espada.)

BENITO. (¡Hola! ¡Gasta malas pulgas!)

CELIA. Perdonadle, Caballero; que aquí no hay nada que os ofenda. Reclamábame una promesa; yo he retardado su cumplimiento...

LOPE. Y él se la queria tomar adelantada. Bien hacía entonces, ni os negabais á darle lo que le habiais prometido.

BENITO. ¡Bendita sea vuestra boca: Hidalgo!

CELIA. Dejad eso, que habría mucho que hablar en ello: y pues sois forastero, decid si podemos serviros en algo, y ambos lo haremos enseguida con mucho gusto.

LOPE. Amable eres, niña, y no te explicas mal para ser al-

deana.

BENITO. Más tiene Celia de señora que de pleveya, en la aporriencia al ménos. Pero pues ella se os ha ofrecido, aquí estoy yo para serviros en su nombre, con alma y vida.

LOPE. Unas noticias importantes busco, y tal vez podais dár-melas vosotras.

BENITO. Pregunte á su gusto vuestra señoría.

LOPE. ¿En primer lugar: estoy muy léjos del castillo de Carrion?

CELIA. Tan cerca estais, que desde aquí podeis mirar sus antiguos torreones. Vedlos. (Señalando al foro.)

LOPE. ¡Ah, tan cerca estaba, y el corazon nada me decia!)
¿Quién corre á cargo del castillo y á quien hay que pedir permiso para visitarle?

CELIA. ¿Qué decís?

BENITO. ¿Visitar el castillo? ¡Ave María Purísima! (Con terror.)

LOPE. ¿De qué te asombras?

BENITO. ¡Ni nadie cuida de semejante morada, ni á nadie se le ha ocurrido jamás visitarla!

LOPE. ¿No la conoceis vosotros?

CELIA. Ni nadie en el pueblo segun creo. ¿Ignorais señor caballero que esa es la vivienda de los nobles y desgraciados condes de Carrion, señores ántes de toda esta comarca?

LOPE. ¡Porque no lo ignoro, crei que álguien estaba al cuidado de esa fortaleza! ¡Han me dicho que vive aún el que fué mayordomo del último conde; y si eso es cierto, ya ves que no era tan rara mi pregunta!

BENITO. ¿El señor Gaspar? ¡Oh! ¡Ese sí, vive y revive aún por desgracia! Pero yo le he conocido siempre en su casa, que es la última del pueblo, al otro lado de la plaza.

LOPE. ¿Y quién guarda entónces la herencia de los condes?

BENITO. ¡Buena herencia te dé Dios! Segun dicen los ancianos del pueblo, el viudo conde de Carrion huyó de su castillo temiendo á la justicia del rey, llevándose á una hija ya casadera y á un hijo de muy corta edad, sin que del padre ni los hijos haya vuelto á saberse nunca

Fueron confiscados y vendidos todos sus bienes; y no falta quien asegure que el mayordomo Gaspar fué quien los compró casi todos con nombre supuesto. Abandonado el castillo, fué hundiéndose poco á poco, hasta el punto de que puede que no queden en él cuatro ó seis salones en regular estado; y tal vez no hubiera eso sucedido á no haberle elegido los duendes y fantasmas por domicilio.

LOPE. ¡Duendes y fantasmas! ¿Créese en ellos por estos barrios?

CELIA. ¿No creéis vos, caballero?

LOPE. ¡Necesitaría verlos al ménos!

BENITO. Pues no puede ser más fácil; en yendo al castillo...

LOPE. Teneis razon, y voy á convencerme.

BENITO. ¡Oh! ¡No vayais, señor, y ménos solo!

LOPE. ¿Te atreverías tú á acompañarme?

BENITO. ¡Dios me guarde! ¡Tengo yo mucho miedo al demonio y á toda su gente!

LOPE. Y vos, linda niña, ¿tambien teneis miedo al demonio y á los aparecidos?

CELIA. Á los duendes y brujas, mándanos la iglesia que no demos crédito. Pero al demonio, ¿cómo no hemos de dársele?

BENITO. Sin ir más lejos: ¿no se le han metido en el cuerpo á nuestro buen rey don Cárlos segundo y no hay manera de que se los saquen?

LOPE. Así parece, pobres gentes; pero como yo no soy rey, y creo muy mucho en Dios, que es lo que conviene, no tengo miedo á los poderes infernales.

BENITO. Ya se lo tendríais, si viérais como hemos visto todos, á los fantasmas del castillo.

LOPE. ¿Tú los has visto?

BENITO. Hasta hace ocho ó diez años todos los temíamos de oídas; pero presentóse un señor que quiso comprar la finca, y á la noche siguiente empezamos á ver unas luces á través de sus ventanas y unas sombras que corrían en todas direcciones.

- LOPE. ¡Ah! Ya comprendo. ¿Y nadie ha tenido valor para ir á verlas? ¿Ni ese Gaspar que habrá nacido en el castillo de seguro?
- CELIA. Ese ménos que nadie; ¡se aterra tanto al oír hablar de eso!...
- LOPE. Ya lo concibo. ¿Y se han repetido las apariciones?
- BENITO. Tan á menudo, que apenas pasa un mes sin que al llegar la media noche, no vea álguien desde léjos la misma funcion.
- LOPE. ¡Conque fantasmas con sus luces y su ruido de cadenas correspondientes!
- BENITO. ¡Naturalmente! ¡Todos los condenados las gastan!
- LOPE. Gracias por vuestras noticias. Y para estaros más obligado, espero un nuevo favor de vosotros.
- CELIA. Mandad como gustéis.
- LOPE. Necesito que, con el mayor secreto, me busqueis al Alcalde, y le digais que un noble caballero le aguarda en este sitio.
- BENITO. Venid conmigo. Estará en la feria, y allí podreis verle.
- LOPE. Importa mucho que nadie más que él sepa mi venida. ¡Traédmele aquí sin que nadie lo advierta, y gastad ese oro en memoria mia! (Ofreciéndole un bolsillo.)
- BENITO. (Apoderándose de él con avidez.) ¡Para mí sólo, se entiende!
- LOPE. ¡Generoso eres al no querer compartirle con la que te negaba sus abrazos!
- BENITO. Ella no le necesita. Es sobrina de Gaspar, y el viejo avaro tiene dinero para enterrarnos á todos.
- LOPE. ¡Sobrina de Gaspar! ¡Lástima es por cierto!
- CELIA. Yo no necesito dádivas ajenas, buen caballero.
- LOPE. No te negarás á aceptar este pobre anillo, por ser tú la primera mujer bonita que he visto al tornar á mi patria. (Dándola una sortija.)
- CELIA. ¿Sois de Carrion acaso?
- LOPE. Id, amigos míos, á cumplir mi encargo, y quizá no os pese haberme servido.
- BENITO. (Es un noble á carta cabal. ¡Hay más de diez doblas!)

CELIA. ¡La conservaré toda mi vida! (Váanse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. LOPE solo.

¡Linda criatura! ¡Pues señor, curiosa es la descripción que me han hecho del castillo! Misterio hay aquí sin duda de grande importancia, y ya que la fortuna guía aquí mis pasos, á mí me toca descubrirle. Y esa bella jóven, ¿es sobrina de Gaspar? ¡De ese hombre que, á juzgar por las señas, ha sido traidor é infame con su antiguo señor? ¡Extraño destino el mio! Piso por primera vez España para pedir al rey protección y justicia, y salvo de noche la vida cerca de Valladolid á una jóven que se ahogaba en el río. Sin aguardar á que volviera en sí, la dejo en brazos de un aldeano que se me apareció por aquellos sitios y continuo á caballo mi marcha rápida á la corte sin poder siquiera conocer á la que había salvado. Llego hoy por primera vez á Carrion, término de mi larga jornada, y otra jóven excita mi interés por su gentileza y porte distinguido. ¿Será que mi corazón, tanto tiempo acostumbrado á la soledad, late por cuantas bellas encuentra á su paso, ó que estas dos mujeres han de ejercer algun imperio en mi vida?

MUSICA.

Recuerdo aún que en mi niñez
crucé las ondas de la mar;
y siempre triste desde entónces
sin patria vivo y sin hogar.
¡Bendita seas, bella España,
si hoy puedo libre á tí tornar!

De mi existencia

en los albores
con sus rigores
la adversidad,
cruzar me hizo
sólo en el mundo
del mar profundo
la inmensidad.

Cuando sus olas
rugen sin calma,
aprende el alma
del bien en pos,
que el horizonte
del ancho espacio
es el palacio
que habita Dios.

Crecido en años
por ver la tierra,
cifré en la guerra
mi porvenir,
y de la suerte
á los embates
en cien combates
quise morir.

Así he vivido
desde la cuna,
tras la fortuna,
tras el placer,
hasta que un día
en mi camino
puso el destino
á una mujer.

Sobre las aguas
del manso río
su cuerpo frío
flotando ví,
y entre la sombra
desvanecida,

al darla vida
yo la perdí.
Si á tu recuerdo
por vez primera
mi vida entera
tras tí se va,
no llegue á verte
sombra adorada,
que tu mirada
me matará.

HABLADO.

Dejemos ahora mis locos sueños, y atengámonos á lo más importante. Apenas lleguen mis fieles soldados, para quienes tengo firmada por el rey la libertad, yo sabré arrojar de esa morada á los ridículos fantasmas que la ocupan.

ESCENA IX.

D. LOPE y varios SOLDADOS, por el foro.

SOLDS. ¡Aquí está!

LOPE. (¡Ellos son!) ¡Silencio, amigos míos! Viene gente. Es el Alcalde sin duda. ¡No os extrañe nada de cuanto vais á oír, y obedecedme como siempre!

SOLDS. Así lo haremos. (Se retiran al foro.)

NORA. (Dentro.) ¡Es que yo no me separo de vos!

ESCENA X.

DICHOS, CELIA, NORA, BENITO y el ALCALDE por la derecha.

ALC. Pero muchacha...

NORA. Ya habeis oído á Gaspar, que al entrar en su casa y verme en ella, quiere matarme!

ALC. ¡Adelante con los faroles!

- BENITO. Aquí está el caballero que os aguarda.
- LOPE. ¡Bien venido seais, señor Alcalde!
- CELIA. ¡Y no está solo!
- NORA. ¡Y son soldados!
- ALC. ¡Hola! Soldaditos. Muchos años hace que no se ven gentes de guerra por estos barrios. ¿Qué motivo os obliga á hacerme dejar la feria, donde hago tanta falta para la venta de las bestias?
- NORA. Vamos, á lo ménos, lo confiesa.
- ALC. ¿Quién sois, y qué se os ofrece?
- LOPE. Soy capitan de los extinguidos tercios de Flandes, y estos que me acompañan, soldados míos que vuelven á sus hogares.
- ALC. ¿Y en qué puedo servir á tan buena gente?
- LOPE. Acercaos y tomad. En nombre del rey! (Le da un pliego.)
- ALC. ¡Alabado sea su nombre! (Dejando caer aterrado el sombrero y la vara.)
- CELIA. {;Del rey!
- NORA.
- BENITO. (¡Cuando yo te decía que era un noble de tomo y lomo!) (Á Celia.)
- ALC. Mirad, señor capitan. Los Alcaldes no estamos muy fuertes en eso de la lectura. Si quisierais vos mismo leerme el papelito. (Se le devuelve.)
- LOPE. ¡Oid! (Abriendo el pliego.)
- BENITO. ¡Oigamos! (Acercándose.)
- LOPE. (Leyendo.) «Sepan todos cuantos estas mis letras vieren, »que os exhorto á prestar vuestra ayuda, al que os las »presente: y os ordeno la obediencia á sus mandatos, »bajo pena de mi real desagrado! Yo el rey!»
- ALC. ¡Escribe poco, pero bueno! Y ese plaston colorado es la firma de su majestad que Dios guarde?
- LOPE. Es el sello real que autoriza sus decretos.
- ALC. Pues si he de obedeceros en todo, echad por esa boca, que yo echaré por el atajo para servirlos.
- LOPE. ¡En nombre del rey, vais á venir conmigo en el acto al castillo de Carrion!

- ALC. ¿Al castillo? ¡Cuerniquí! ¡Eso sí que es gordo!
- LOPE. Y han de acompañarme cuantos me han oído.
- BENITO. ¿Yo? ¡Buenas y gordas!
- NORA. ¡Yo al castillo! ¡Que si quieres!
- CELIA. ¿Teneis miedo con tal compañía?
- LOPE. Secreta es preciso que permanezca mi visita al castillo, y de seguro no lo sería, si alguno de los presentes volviera al pueblo.
- NORA. No, yo os juro...
- BENITO. También yo os prometo...
- LOPE. Os cansais en balde. Estoy decidido: y si no vinierais de grado; mi gente, en virtud de esta orden, está resuelta á llevaros por fuerza!
- NORA. Pero señor caballero, ¿ignorais que el castillo está poblado de fantasmas?
- LOPE. Por eso voy á buscarlos.
- BENITO. ¡Ay! ¡En qué berengenal nos hemos metido!!
- ALC. Á mí me va á dar algo.
- CECLIA. Á vosotros os dan miedo, y á mí me infunden valor sus palabras.
- LOPE. En marcha pues. Anochece, y no hay que perder el tiempo!
- ALC. ¡Pero esto es un desaguisado!!
- BENITO. ¡Yo no quiero ir!
- NORA. De seguro en cuanto vean los duendes entrar en su casa tanta gente, van á echar á vuelo esas terribles campanas que no hemos oído nunca!
- ALC. ¡Ay! ¡Las Campanas! ¡Ya no me acordaba!
- LOPE. ¿Qué campanas son esas?
- ALC. ¡Friolera! Este señor ha oído Campanas y no sabe donde. Las campanas del castillo, que no suenan desde hace treinta años, y que segun un profeta manchego, sólo han de volver á oirse cuando regrese un conde de Carrión á sus dominios ó para anunciar catástrofes y desgracias!
- LOPE. También creeis, pobres gentes, en tal profecía?
- NORA. ¿Cómo no? ¡Si hasta hay un romance que todos sabe-

- mos y que se canta siempre para asustar á los chicos!
- ALC. ¡Y á los grandes, hija y á los grandes!
- LOPE. ¡Cantadnosle pues, y él nos dará valor para arrostrar esos peligros que nos amenazan!
- ALC. ¡No os burleis, señor que la cosa es muy seria!
- BENITO. ¡Cántasele, mujer, á ver si se asusta!
- NORA. ¡Quereis oirle?
- LOPE. ¡Impaciente le aguardo! ¡Acercaos, valientes; oigamos el romance, y al terminar el canto al castillo!
- TODOS. ¡Al castillo!

MUSICA.

- NORA. Triste alumbra el sol
almenas y ventanas,
del hogar feudal
que fué dichoso ayer.
No se escuchan hoy
las plácidas campanas,
que el anuncio son
del gozo y del placer.
Si del noble conde
en alegre día
vástago feliz
aquí se ve llegar,
anunciando al pueblo
fiesta y alegría
las campanas ved
que vuelven á sonar.

-
- CORO. Las campanas son,
que vuelven á tocar.

-
- NORA. Toca, toca, toca
en alegre son:
tan, tilin, tilintin;
tan, tilin tilon;

toca, toca, toca
en alegre son,
que al feudal castillo
torna su señor.

CORO. Toca, toca, toca, etc.

NORA. Otro tiempo fué
servia su tañido
para celebrar
las fiestas del amor:
hoy su repicar
no alegra nuestro oído
y sirven no más
de espanto y de terror.
Si un señor ilustre
pisa nuestro suelo,
y de su mansion
volviera á disfrutar,
todas las campanas
tocarán á vuelo,
para nuestro bien
en dulce repicar.

CORO. Las campanas son
que vuelven á tocar.

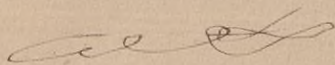
NORA. Toca, toca, toca
en alegre son:
tan, tilin, tilintin,
tan tilin, tilon.
Toca, toca, toca
en alegre son,
que al feudal castillo
torna su señor.

CORO.

Toca, toca, toca... etc.

(D. Lope da el brazo á Celia, que le admite. Nora, Benito y el Alcalde se resisten á seguirlos, y los soldados los obligan á andar. Caen el telon, rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Un salon corto del castillo gótico de Carrion. Á la derecha, en primer término, una ventana ojival por donde se ve el campo. Á la izquierda puerta pequeña con llave en la cerradura. Á la derecha una mesa y un sillón. En las dos esquinas dos grandes candelabros con velas de cera á medio gastar. Dos armaduras completas colocadas sobre dos pedestales á los dos lados del proscenio. El foro viene muy cerca del proscenio y todo él está cubierto de tapices. Á su tiempo, y cuando estos se recorren por un resorte, se ve el gran salon de *La Armería del castillo* lleno de armaduras, caballos, lanzas, escudos, etc., etc. Á derecha é izquierda, y en último término, dos pequeños arcos laterales que dan á dos galerías. Al levantarse el telon la escena está sola y á oscuras: música en la orquesta. Á poco van saliendo por el arco de la izquierda los personajes que se citan.

ESCENA PRIMERA.

CELIA, D. LOPE y los SOLDADOS con antorchas encendidas en la mano.

MÚSICA.

CORO.

Id entrando con precaucion,

:

no hay que hacer el más leve ruido,
registremos este salón
por si hay aquí álguien escondido.
Ruinas sólo y oscuridad
son aquí las que causan miedo:
con prudente sagacidad
descubriremos este enredo.

LOPE. Niña gentil, de rostro peregrino (Á Celia)
que valiente y serena
compartiste nuestro afán,
llega hasta el fin; tal vez el nuevo día
nos dará ventura y alegría.

CELIA. Pues ví
en vos tan gran valor,
perdí
el miedo y el terror.

LOPE. Bella es tu faz y ardiente tu mirada,
si nos sirves de guía
nadie aquí tendrá temor.

CELIA. Gracias os doy por tal favor!

LOPE. Tú nos infundes fé y valor.

CORO. Por la cara de esta mujer
á luchar yo me atrevería
aunque fuera con Lucifer,
y de seguro vencería.

I.

CELIA.	Si por la mujer	es audaz el hombre,
	y en combates mil	brilla vencedor;
	si por su querer	busca gloria y nombre
	y la dicha da	por lograr su amor,
	si es para él la fe,	si es para él la luz,
	debe la mujer,	siendo el hombre así,
	pagarle muy bien,	me parece á mí.

Por eso yo así, viendo vuestro brío,

con un miedo atroz que disimulé,
llegando hasta aquí, aunque no me fio,
con temor igual delante siempre iré.

CORO. Su voz da valor, y es audaz su acento:
yendo de ella en pos, nadie temblará,
es tal su valor, tal es su ardimiento
que yo ya no sé á dónde llegará.

II.

CELIA. Yo á las monjas vi siempre en mi convento
de pavor huir dando la oracion;
y temblaba más al oír su acento,
que he temblado aquí con mayor razon.
Como siempre yo tan cobarde fui;
en esta mansion cuando á entrar llegué,
yo creí temblar, pero no hay de que.
Y eso debe ser, que si tuve un día
el temor pueril que me alucinó,
con hombres así no sé dónde iría;
deducid de aquí si soy valiente yo.

CORO. Su voz da valor y es audaz su acento,
yendo de ella en pos nadie temblará,
es tal su valor, tal es su ardimiento,
que yo ya no sé á donde llegará.

HABLADO.

LOPE. Gracias mil por vuestra valerosa compañía. Ya sólo nos faltan que recorrer estos salones y la plataforma. Subamos primero á ella, y despues bajaremos á sentar aquí nuestros reales toda la noche.

CELIA. Por mí no ha de quedar. ¡Adelante!

TODOS. ¡Adelante!

LOPE. ¿Y el señor Alcalde y tus compañeros?

CELIA. Como se desmayan á cada paso, tienen que detenerse

sin cesar los soldados que los acompañan.

LOPE. Yo he cerrado las puertas y no pueden volverse al pueblo sin nosotros, que es lo que importa. Recorramos la plataforma sin luces para que no nos pueda ver nadie desde el campo, y quizá estén ya aquí cuando bajemos. ¿Quereis continuar, bella niña, dándome el brazo?

CELIA. Siendo vuestra prisionera, señor capitán, sólo me toca obedeceros.

LOPE. ¡En marcha, pues! Yo os guiaré. (Vánse todos por el arco de la derecha, dejando las antorchas encendidas en la escena.)

ESCENA II.

NORA, BENITO, el ALCALDE y SOLDADOS, por la izquierda.

BENITO. ¡Yo no quiero andar más! ¡Yo tengo miedo!

NORA. ¡Lo mismo digo!

ALC. Pues yo... no digo nada.

SOLD. 1.º Entrad con mil diablos, y no nos hagais serviros de escolta toda la noche. ¿Dónde estará nuestro capitán?

SOLD. Por aquí. (Viendo de lejos á los otros soldados por la puerta de la derecha.)

SOLD. 1.º Reunámonos con ellos y dejemos aquí á estos tres cobardes.

ALC. ¡Cómo! ¿Nos vais á dejar á los tres solitos?

SOLD. ¡Marchemos! (Se van por la derecha.)

ALC. ¡Nada! ¡Que se van á ir! ¡Que se van! ¡Que se fueron!! (Quedan solos.)

NORA. Pero... ¿no nos da vergüenza que una mujer como Celia, vaya delante de todos, recorriendo este horrible edificio?

BENITO. Que me de á mí el brazo el capitán; que me rodeen todos esos soldados, y ya vereis si soy valiente.

ALC. ¡El hecho es que yo no las tengo todas conmigo! ¿Quién es este hombre y la gente que le acompaña? ¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué hemos venido?

BENITO. ¡Ay! (Viendo una de las armaduras que están en los pedestales.)

- NORA. ¿Qué es eso? (Aterrados.)
ALC. ¿Qué ocurre?
BENITO. ¡Un fantasma de hierro!!
ALC. ¡Será alguna sarten!
BENITO. ¡No! ¡Mirad, mirad!
NORA. ¡Ah! ¡Si es media armadura puesta en un palo! No tengais miedo.
ALC. ¿Y esos tapices con tantos figurones? ¡Y la sala está en buen estado! ¡No es así esa maldita galería por donde hemos venido pisando escombros!
NORA. Diga vuestra merced, señor Alcalde. ¿En cuanto acabemos esta visita, nos volvemos á casa, eh?
ALC. Si nos dejan, hija, si nos dejan; porque ese mozo tiene un modo de mandar...
BENITO. ¡Siento ruido!
ALC. ¡Ay!
NORA. ¡Eh!
BENITO. No, son los Soldados que vuelven.
ALC. Mira; haz el favor de no gastar esas bromas.
BENITO. ¡Ellos son!
NORA. Ya están aquí.
ALC. ¡Vamos, esto es otra cosa! Cuanta más gente, á ménos miedo tocamos.

ESCENA III.

DICHOS, CELIA, D. LOPE y SOLDADOS, por la izquierda.

- LOPE. ¡No tembleis, buenas gentes! Aprended de Celia, que ha sido la primera que ha penetrado con nosotros en las oscuras galerías y en el subterráneo.
NORA. Ahí, ahí es donde he perdido yo el poco valor que me quedaba. Yo que chilló como una loca al ver un ratón he tenido que separar con la mano los murciélagos y las lechuzas que me comían. Sólo de pensarlo me tiemblan las carnes.
BENITO. (Á Celia.) ¡Y tú que parecías tan para poco, ahora sali-

mos conquere eres una heroína!

CELIA. ¿Sabeis que si llegárais como pretendéis á ser mi marido, tendría yo una gran defensa en vuestro valor?

LOPE. ¡Ah! ¿Ese mozo pretende casarse con vos?

ALC. Eso será si dejo de ser yo su prometido.

LOPE. ¿Tambien el señor Alcalde os quiere por esposa?

ALC. No creo que os haya dado el rey vela para este entierro.
(Con muy mal modo.)

LOPE. No quise ofenderos. Pero no me negareis que un hombre cobarde, no es muy bueno para marido.

BENITO. ¡Pero si yo no soy cobarde! Echadme á la plaza con un novillo, y veremos quién le pone el primer rejonazo. Vengan á pares mozos de temple, y vereis cómo los des-pabilo: Ahora, andar buscando gente del otro mundo, ni tiene gracia ni lo manda la doctrina.

LOPE. ¡Me parece que las pruebas de valor que tú hayas dado!...

BENITO. ¿Yo? ¡más de mil! La misma Celia, que tanto se burla de mí, tiene pruebas de ello, puesto que por mí vive.

LOPE. ¡Cómo!

BENITO. ¡Sí señor! Yo la he salvado de la muerte, exponiendo por ella mi pellejo.

CELIA. ¡Es cierto!

LOPE. ¡Perdonad entónces mi injusticia, buen mozo!

NORA. Todo eso será muy bonito, pero no es del caso. Aquí nos habeis hecho venir á la fuerza. Á mí me estarán echando ya de ménos en el pueblo. Á Celia la estará ya buscando por todas partes su tio Gaspar. Y en cuanto al señor Alcalde...

ALC. ¡Se habrán vendido ya sin mí todas las caballerías!

LOPE. Todo eso es ménos importante que lo que os voy á decir. Sabeis, señor Alcalde, que si me quejara al rey de cómo cumplís vuestro cargo, podría enviaros á remar á sus galeras?

ALC. ¿Á mí? ¿Pues yo, qué tengo que ver con vuestros asuntos?

LOPE. ¡Mas de lo que creéis! Y si yo os pidiera cuenta del modo que teneis de velar por el castillo de Carrion... ¿qué

es lo que contestaríais?

ALC. Muy sencillo. Que el Alcalde, mi predecesor, no me dió instrucciones de mayordomo acerca de él. Que le encontré desmantelado al nombrarme Alcalde la Chancillería, y que hecho escombros se quedará en paz y jugando.

LOPE. ¿Y si yo os le reclamara?

ALC. ¿Y quién sois vos para hacerlo?

LOPE. Quien puede haceros temblar con sólo una palabra.

ALC. Pues no la digais entónce, porque para temblores, ya tengo yo bastante con los míos.

CELIA. ¿Tanto miedo tiene mi futuro esposo?

ALC. Pero si yo me atrevo contigo, ¿para qué necesito ser más valiente?

LOPE. Ese matrimonio es un absurdo.

BENITO. ¡Eso digo yo! ¡Pero como es empeño de Gaspar, y el señor Alcalde dice á todo... *amen*!

ALC. Yo no digo *amen* sino despues del Padre nuestro. Y aquí no hemos venido á hablar de mi boda. Á lo que estamos, tuerta. Ya estará convencido usiría, despues de su rebusca de fantasmas, de que no hay nada en el castillo; creo, pues, que ya podemos dar la vuelta á casita.

LOPE. Os equivocais. Convencido de que no había tales séres del otro mundo, estaba yo ántes de entrar aquí; pero creo que puede haber malhechores y criminales, que tomando ese pretexto, se introduzcan aquí para lograr sus fines, y eso es lo que conviene averiguar.

BENITO. ¡Oh! ¡si fueran de carne y hueso, ya nos veríamos las caras!

NORA. ¿De modo que ya está registrado todo el edificio?

LOPE. No. Aún falta la gran armería.

BENITO. ¿Y dónde está eso?

LOPE. Aquí. (Señalando á los tapices del foro.)

ALC. Pues entrad vos y enteradnos de lo que ocurra.

LOPE. Desde aquí lo veremos todo.

BENITO. ¿Y cómo?

LOPE. ¡De esta manera! (Toca el resorte y se descorren los tapices.)

TODOS. ¡Ay! (Se ve la Armería á media luz.)
BENITO. ¡¡Que se mueven los tapices solos!!
NORA. ¡¡Los fantasmas!!
BENITO. ¡Más monos!
ALC. ¿Qué tios son esos? ¡No ganamos para sustos!
LOPE. ¡Vedlas bien! Esas son las armaduras de todos los ilus-
tres antepasados de los condes de Carrion!

MÚSICA.

I.

LOPE. Los guerreros son
de otro tiempo y de otra edad,
que en guerras y torneos
lidiando bien ganaron mil trofeos
con gran valor y lealtad.
Sin la falanje musulmana,
por ellos libre España fué,
y al luchar y al reñir con fé,
gloriosa fué la cruz cristiana.
Fué el honor su virtud sin par,
y así vivían orgullosos,
dispuestos todos á luchar
por su nacion y por su altar.

CORO. ¡Esos son los que con su fe y valor
lidiaron sin volverse atrás jamás!
Esos son los que con su pecho fiel
fueron la luz de la nacion.

¡Esos son
los nobles condes de Carrion!

II.

LOPE. Tras esos cuatro torreones,
dispuestos siempre á combatir,
y al luchar y al saber morir,
de hierro son sus corazones.
Fué el honor su terrible ley,

y fieles siempre á sus mandatos
luchaban siempre con su grey
por su nacion y por su rey.

CORO. Esos son lo que con fe y valor, etc. (Se cierra la Armeria.)

HABLADO.

LOPE. Ya veis, amigos míos, que no hay rastro en ninguna parte de semejantes aparecidos. Quizá seamos nosotros los primeros que han penetrado en este recinto desde hace treinta años.

ALC. Estamos conformes y á casa.

NORA. ¡Estas velas se han encendido hace pocos dias! (Señalando á la de los candelabros.)

BENITO. ¡Efectivamente; están blandas y tienen el pábilo tierno!

CELIA. ¡Mirad, señor capitán! ¡Esta mesa tiene señales de haberla limpiado el polvo no hace mucho tiempo!

ALC. ¡Hombre! ¡Qué fantasmas tan limpios!

NORA. ¡Mirad! ¡mirad! ¡Esa puerta tiene la llave en la cerradura! (Señalando á la puerta pequeña de la izquierda.)

CELIA. Y en esa habitacion no hemos entrado.

BENITO. ¡¡Ahí están!!

ALC. y NORA. ¡Eh! ¿Quién? (Aterrados.)

BENITO. Digo que ahí están sin duda encerrados los que buscamos.

LOPE. ¡Lo veremos! (Entrando.)

ALC. ¡Lo van á dar un linternazo que lo van á dividir!

NORA. ¡La llave corre muy bien! ¡No parece que está mohosa!

CELIA. ¡Y le hemos dejado entrar solo!

NORA. ¡Pues no estás tú muy valiente que digamos!

UNOS. ¿Qué ocurre?

OTROS. ¿Qué hay?

LOPE. ¡Ved! (Saliendo con un gran lienzo blanco y un legajo de papeles en la mano.)

BENITO. ¿Qué es eso?

LOPE. Un sudario.

- NORA. ¡Un sudario!
- ALC. ¡Sí; como si dijéramos, una mortaja! ¡Va pareció el peine! ¡Es decir, el muerto!
- LOPE. ¡Este es sin duda el traje conque algun bribon se viste para aterrar á las gentes sencillas!
- CELIA. ¡Bien puede ser!
- NORA. ¿Huele á algo?
- ALC. ¿Y esa otra cosa que teneis en la mano?
- LOPE. Esto es sin duda más importante. ¡Un legajo pequeño que estaba encima de un escritorio!
- ALC. ¿Hablabas ucé de mi pleito? Aquí traigo los papeles.
- LOPE. Abridle, señor Alcalde, mientras yo vuelvo á dejar este lienzo en su sitio, para que no sospechen que hemos andado con él. (Se vuelve al cuarto.)
- CELIA, NORA y BENITO. ¡Sí, veamos!
- ALC. ¡Empeñado este hombre en que yo he de entender de letra!
- LOPE. (Saliendo.) ¿Qué hay?
- ALC. ¡Sellos por arriba, sellos por abajo! Cuánto más fácil es entenderse de palabra, que no andar con estos garrapatos para decir las cosas! ¿Por dónde se leerá esto? ¿Por detrás ó por delante?
- NORA. Me parece que el señor Alcalde no se entera gran cosa.
- ALC. Estas pequeñeces correrán á cargo de mi mujer. Futura mia, enteradme de esos expedientes.
- CELIA. Con vuestro permiso.
- LOPE. Leed.
- CELIA. (Leyendo.) «En la ciudad de Leon...» ¡Es una partida de bautismo!
- ALC. ¿Si tendrán los muertos ahí dentro la oficina?
- LOPE. ¡Callad!
- CELIA. «Bauticé secretamente á una niña, hija de la muy noble señora doña Beatriz de Noroña...
- LOPE. (¡¡Qué oigo!!)
- CELIA. Y del duque de Uceda, muerto recientemente en la retirada de Orvietto.»
- LOPE. Seguid!

- NORA. ¿Y á nosotros, qué nos importa todo eso?
BENITO. ¡Silencio!
CELIA. «Abuelos paternos.»
LOPE. Pasad adelante.
CELIA. «Maternos: ¡El proscrito conde de Carrion!»
TODOS. ¡Ah!
ALC. De modo que esa partida de bautismo es de la nieta del conde; la heredera de ese título y la propietaria de este castillo!
- NORA. ¿Dónde está esa muchacha?
CELIA. «La puse por nombre, Elvira; Leonor; Augusta.»
NORA. ¡Echa! ¡echa! ¡Como sí no tuviera bastante con uno!
CELIA. «Y nació el diez y siete de Enero de mil seiscientos setenta y uno.»
- NORA. ¡Calla! ¡Ocho dias ántes de haberme encontrado Gaspar á la puerta de la iglesia!
LOPE. ¡Coincidencia extraña!
NORA. ¿Y esa niña nació en Leon?
CELIA. Así dice.
LOPE. Leed otros papeles.
CELIA. Aquí hay un pliego, y en el sobre, dice: «Á nuestro fiel Gaspar.» (Durante esta escena, los soldados permanecen alejados en el foro.)
- TODOS. ¡Á Gaspar!!
NORA. Yo no sé lo que tengo.
LOPE. ¡Seguid! ¡Abridle y leed!
CELIA. (Leyendo.) «Á tí, nuestro leal servidor, te confío el porvenir de nuestra casa, y la única esperanza de mi corazón. Oculta y con nombre ignorado, he venido á buscarte desde Holanda, cumpliendo el deseo de mi esposo, que sin poder publicar nuestro matrimonio, ha muerto en el ejército de Flandes; mi estado me ha impedido pasar de Leon, donde el dia diez y siete nació mi hija, último vástago de nuestra raza, y única heredera de los títulos y bienes de los condes de Carrion, pues mi hermano menor, Lope, á quien llevo diez años, desapareció hace muchos, sin que hayamos vuelto á

saber de él. Dios no permite que yo misma vaya á confiarle mi hija, y próxima á abandonar la vida la entrego á una persona segura, que llegará á ese pueblo el día veinte y tres por la noche.

NORA. La noche del veintitres de Enero? Y Gaspar corrió la voz de que me había encontrado en el pórtico de la iglesia!!

LOPE. Cómo: te figuras?...

NORA. Pues digo! Las señas no pueden ser más mortales!

CELIA. (Sigue leyendo.) «Oculta su nombre á todo el mundo: vela por ella; sigue siendo el depositario de este secreto, sin que ni ella misma sospeche su origen: y si en quince años no tienes noticias mías ni de mi hermano, ruega á Dios por ambos, y te bendiciremos desde el cielo, por haber sido la providencia, del único ser que queda en el mundo de tus antiguos señores.

NORA. Y ese ser soy yo! yo! Á ver cómo me llamo; que ya no me acuerdo.

CELIA, BENITO y ALC. Ella!

LOPE. Sin duda! Pero cómo se explica entónces que Gaspar no te tenga á su lado?

ALC. Porque se ha escapado ella de su casa, no queriendo sufrir sus malos tratamientos!

NORA. Como ha visto que han trascurrido diez y nueve años, y que nadie se ha presentado á reclamarme, se ha guardado mis papeles y me desprecia. Á mí! Á su ama! Á la vuestra! Al ama de todo el mundo!! Á la...

LOPE. Silencio! (Es particular! Pero entónces, esa Celia á quien Gaspar llama su sobrina; ¿lo será en efecto?)

NORA. Bien me lo decía mi corazón! Soy rica! Soy poderosa! Soy noble!

ALC. No grites; muchacha!

NORA. Cómo muchacha? Yo muchacha? Á ver? Soldados! Venis á proteger á la condesa de Carrion!

TODOS. La condesa de Carrion!

LOPE. (¡Parece imposible!)

MUSICA.

CORO. Esta es la condesa de Carrion!
qué casualidad!
qué combinacion!
Vaya su imprevisto fortunon!
qué felicidad!
qué honor!
De la noche á la mañana
tan mísera aldeana
convertirse en señorona
de rondon!
Ya se advierte en su persona
un aire de amazona,
que demuestra á no dudar,
lo bien, lo bien que va á mandar.

I.

NORA. Con catorce ó quince trajes
y ochocientos veinte pajes
en derredor.

CORO. Cuánto señor!

NORA. En carrozas de recreo.
guardaránme en el paseo
siempre detrás.

CORO. Tú volcarás!

—

NORA. Y siempre así
se me verá,
mirando aquí
mirando allá,
y en procesion
vendrá tras mí
la poblacion
haciendo así.
Vendrán haciendo así.

(Saludando con mucho respeto.)

CORO. Irán haciendo así.

NORA. Y con mi grey,
con un tren real,
iré yo al rey
á visitar,
y allí al entrar
yo le diré,
mirad mi faz,
mirad mi pié.

CORO. Y con su grey,
con un tren real,
irá ella al rey
á visitar;
y allí al entrar
dirá tal vez.
mirad mi faz,
mirad mi pié.

II.

NORA. Á los nobles cortesanos,
les daré á besar mis mano
en un salon.

CORO. ¡Qué diversion!

NORA. Y al mirar mis largos guantes
y mis perlas y brillantes,
me admirarán.

CORO. ¡La silbarán!

NORA. Y haciendo así
mi cola irá,
en pos de mí
por la ciudad,
y al verla yo
seré feliz,
diciendo, ¿quién
me tose á mí?

No hay quien me tosa á mí.

CORO. No hay quien te tosa á tí.

NORA. No hay duda, no,
bien claro está;
ninguno á mí
se atreverá;
y si hace tal,
yo le daré
un bofeton
ó un puntapié.

CORO. No hay duda, no,
bien claro está;
al pueblo así
reventará:
y algun audaz
tal vez la de,
un bofeton
ó un puntapié.

HABLADO.

NORA. ¡Ya lo decía yo desde hace mucho tiempo! ¡Soy una condesa! ¡Si mi aire distinguido lo estaba diciendo!

LOPE. No olvideis, sin embargo, que si vuestro tío, si el hijo menor del conde, llegara á parecer...

NORA. ¿Mi tío? ¿Y yo qué tengo que ver con ese tío?

LOPE. Á él le corresponderían el título y la herencia.

NORA. ¡Pleitearíamos! ¿No es verdad, Benito?

BENITO. (Bárbaro de mí, que he dejado á ésta por creer más rica á la otra! ¡Y ahora salimos conque quizá á estas horas sería yo conde!)

LOPE. Además. ¿Quién asegura que seais vos la misma niña que entregaron á Gaspar?

- NORA. ¡Yo lo aseguro, y basta! Y si no, á ver: que venga Gaspar! ¡Que me traigan á Gaspar!!
- ALC. ¡Y manda bien!
- NORA. ¡Decid que le llama Nora! ¡Que es ya una señora!
- ALC. ¡Y que el demonio que la aguante ahora!
- BENITO. ¡Dice muy bien!
- LOPE. Permitid. Ya ventilaremos ese asunto mañana. Mientras, llevemos á cabo el plan que aquí nos ha traído: subid vosotros sin luz á la plataforma (Á algunos soldados.) y avisad en cuanto veais que se acerca álguien al foso.
- NORA. Yo no quiero seguir aquí! Yo mando en mi casa, y os toca á todos obedecerme.
- ALC. Sin duda. Pero el señor capitán, con su orden del rey, ha decidido que esta noche la dediquemos á los fantasmas, y mañana dedicaremos el día á los fantasmones.
- NORA. Qué quereis decir?
- ALC. Que sólo sois condesa interinamente! Y que si el hijo del conde parece, estais muy expuesta á tener que volver á la compra!
- NORA. ¡Pero qué atrevida es toda esta gente ordinaria!
- LOPE. ¡Basta ya! Vosotros bajad al subterráneo (Á los otros soldados.) y colocaos cerca del portillo por si quiere álguien penetrar por él. Llevaos al señor Alcalde y á Benito. Nosotros tres permaneceremos en esta sala.
- ALC. No me gusta el reparto. ¿No sería mejor que os fuerais con vuestros soldados y me dejarais á mí con las señoras?
- BENITO. Lo mismo digo.
- LOPE. ¿Teneis miedo por ventura?
- ALC. Por ventura no, por desgracia! Y... no es miedo, precisamente.
- NORA. ¡Pero si os están temblando las piernas!
- ALC. Las piernas no tienen nada que ver conmigo. Ellas tiemblan por abajo, y yo soy valiente por arriba.
- LOPE. ¡Obedeced!
- ALC. Pero... ¿qué vamos á hacer en el subterráneo?

- BENITO. Paciencia, señor Alcalde, y vamos andando.
SOLDS. ¡Marchemos!
ALC. (Cuando yo me vea en el campo... ¡qué carrera voy á dar!)
- BENITO. (¡Y pensar que he equivocado el negocio!)
- ALC. Llevadme en medio. ¡Que soy la autoridad! (¡Ay! qué miedo me hacen pasar estas gentes!)
- BENITO. (Pues yo no renuncio.) (Váanse por la izquierda, con los soldados.)

ESCENA IV.

CELIA, NORA, D. LOPE.

- CELIA. Admitid mi enhorabuena.
- NORA. Ya veis como tenía yo razon, aun siendo vos verdaderamente sobrina de Gaspar, para no quererme quedar en su casa al servicio vuestro!
- LOPE. Ahora, amigas mías, comprendereis que era de importancia suma que Gaspar ignorase mi venida.
- NORA. ¿Pero y quién sois vos para tomaros tanto interés en los asuntos de mi familia y de mi casa?
- LOPE. Ya lo sabreis más tarde. Mientras, retiraos ambas á esa habitacion.
- NORA. ¡Cómo! ¿solas?
- LOPE. Es un cuarto pequeño sin salida; puede quedarse abierto y con luz dentro para que nada temais.
- NORA. Francamente, mejor estaríamos á vuestro lado.
- LOPE. Si esos pretendidos fantasmas son algunos malhechores que han tomado el castillo para el archivo de sus rapiñas, es mejor que no presencias la lucha.
- NORA. Ciertamente.
- CELIA. Pero... ¿podeis correr algun peligro?
- LOPE. Nada temais por mí, bella niña. Entrad Nora, que Celia os sigue.
- NORA. Podré examinar despacio mi partida de bautismo y los demas papeles de ese legajo?
- LOPE. Cuanto gustéis.

NORA. (¡Ay! Qué gana tengo de que me den el tratamiento!)
¿Venis? (Entra en el cuartito de la izquierda con el legajo.)

LOPE. Al punto. (Vase Nora.) Celia, permitidme un momento.

ESCENA V.

CELIA, D. LOPE.

CELIA. Señor.

LOPE. Siento á vuestro lado una emocion tan extraña, y es tal el interés que me inspira el misterio que os rodea, que necesito haceros varias preguntas. (Con rapidez.)

CELIA. Decid lo que querais, señor capitán, y permitidme que os agradezca sorprendida vuestras afectuosas palabras. ¡He oido tan pocas frases de cariño en mi vida!...

LOPE. Cuando os sorprendí ayer huyendo de ese aldeano que pretendia abrazaros, me disteis ambos á entender que tenia algun derecho para haceros su esposa.

CELIA. Es cierto.

LOPE. ¿Cómo entónces se explica que os llame el Alcalde su prometida?

CELIA. Quizá no os habeis fijado en ello, aunque lo hayais oido. Al irme á buscar Gaspar á mi convento, y aun- que yo no le habia visto jamás, me habló de haberme destinado para esposa de ese hombre.

LOPE. ¿Y vuestro corazon eligió en cambio á ese aldeano por esposo vuestro?

CELIA. Mi corazon... no ha sentido el amor todavía. Aterrada ante la idea de ser esposa de un anciano ridículo, quise acabar con mi vida: y al salvarme Benito de la muerte, juré ser del que me habia salvado, cuando aun me tenia entre sus brazos.

LOPE. ¿Y cómo os salvó la vida?

CELIA. Sacándome del Pisuerga, cuyas aguas me arrastraban ya desmayada.

LOPE. ¡Cuándo!! ¡Cómo!!

CELIA. Hace dos meses.

LOPE. ¿Cerca de Valladolid?

- CELIA. Á la primera jornada.
LOPE. ¿Era de noche?
CELIA. ¿Cómo lo sabeis?
LOPE. Me lo figuro. ¿Y decís que fué Benito el que os salvó la vida?
CELIA. Cuando volví de mi desmayo me hallaba entre sus brazos, y él fué el que me entregó á Gaspar, que me an-
 ba buscando por la orilla del rio.
LOPE. (¡Era ella! ¡Bien me lo decía mi corazon!) Y á pesar de
 vuestro juramento ¿no amais á ese hombre?
CELIA. En vano me esfuerzo por conseguir que mi gratitud
 se llame amor.
LOPE. Haceis muy bien.
CELIA. ¿Por qué me lo decís?
LOPE. ¿Quereis saberlo?
CELIA. ¿Con toda mi alma!
LOPE. ¿Con la mía os respondo!

MUSICA.

- LOPE. La voz del corazon os aconseja
 y no debeis jamás tenerle amor.
CELIA. Jamás al escuchar su amante queja
 le oí sin temor.
 Y no sé
 porqué siento en mí
 tan cruel rigor.

Á DUO.

LOPE.

CELIA.

(Su acento me llega al alma (Su acento me llega al alma
y descubrirme es lo mejor.) y no escucha-le es lo mejor.)

-
- CELIA. Yo no sé lo que siento en mí.
LOPE. Yo te amé desde que te ví.

Á DUO.

CELIA.

LOPE.

(Su acento embarga mis sentidos (Mi acento llega á sus oídos
sus frases turban mi razon.) y late ya su corazón.)

CELIA.

¡Ah! Yo no debo dar oídos
de un caballero á tal pasión.

LOPE.

Escucha, Celia, los latidos
que dá por tí mi corazón.

I.

CELIA.

En los labios de un caballero,
las lisonjas no son amor;

vos no sentís

lo qué decís,

y no oíros es lo mejor.

Dejadme ya;

que á la verdad.

¿quién soy yo para tal señor?

Tres amantes para una niña

me parece que muchos son;

y yo entiendo muy mal de cuentas,

ó en la cuenta me sobran dos.

Aunque en amor

yo sé muy bien,

que lo mejor

es el desden,

si vuestro afán

escucho yo,

es natural que con tal querer

yo no pueda venturosa ser.

II.

LOPE.

En mi pecho por vez primera,

al mirarte, vive el amor:

puro será,

mirame ya

no me mates con tu rigor

¡Por Dios! ¡Mi bien!

no más desden,
que adorarte prometo yo.
Si tres hombres amor te juran
de seguro te mienten dos.
Sé tu el ángel de mis amores
y ya verás si te amo yo.

No dudes, no,
gentil mujer
de la verdad
de mi querer.
Si ignoras tú
lo que es sentir,
oye mi ruego y tú verás
que no hay hombre que te adore más.

Á DUO.

CELIA.

Aunque en amor
yo sé muy bien...
etc.

Callad, callad,
callad, callad,
que oiros yo no debo.
Piedad, piedad,
no más, no más
que el alma es vuestra ya.

LOPE.

No dudes, no,
gentil mujer,
etc.
Jamás, jamás,
jamás, jamás
amé como te adoro,
no dudes más
que tú serás
mi eterno y dulce afán.

ESCENA VI.

DICHOS, SOLDADOS que bajan por la escalera de la derecha.

HABLADO.

SOLD. 1.º ¡Capitan!

LOPE. ¿Qué ocurre?

SOLD. 1.º Acabamos de ver á un hombre acercarse al foso ? con
intencion de entrar por el portillo del subterráneo.

LOPE. (¡Ellos son sin duda!) Todo el mundo aquí.

ESCENA VII.

DICHOS, NORA, saliendo por la puertecita de la izquierda.

- NORA. ¿Sucedé algo?
LOPE. Nada temais á mi lado. (¡Celia, qué dichoso soy!)
CELIA. (¡Será un sueño lo que me sucede!)
NORA. Allí hay una porcion de escrituras y títulos de fincas.
Es preciso averiguar...
LOPE. Despues, Nora, despues. (Ardo en impaciencia.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ALCALDE, BENITO y SOLDADOS, por la galeria de la izquierda.

- BENITO. ¡Yo tambien la he visto!
LOPE. ¿El qué?
ALC. Una sombra que se arrastra por el foso en direccion al subterráneo.
LOPE. No hay que temblar.
ALC. Claro que no hay que temblar, sino que este hombre es de lo más cobarde que se conoce.
BENITO. ¡Como nunca he tenido que tratar con sombras!...
LOPE. Apagad todas las luces, ménos una antorcha que nos servirá para entrar todos en la Armería.
NORA. Todos juntos, ¿eh? Eso ya me infunde valor.
LOPE. (Á Celia.) (Vos no os apartéis de mi lado ni un momento.)
CELIA. (Tiemblo á pesar mio!)
NORA. Y yo... ¡Condesa y todo!
LOPE. ¡Ah! ¡Una idea! Para que podamos espiar hasta sus menores movimientos de cerca, detrás de esas dos armaduras pueden esconderse dos hombres.
ALC. Muy bien pensado.
BENITO. Perfectamente.
LOPE. Y puesto que tan bien os parece, vosotros dos sereis los que se escondan detrás de ellas.

ALC. y BENITO. ¡Eh!

LOPE. Quizá vuestro miedo os evitará cometer una imprudencia que mis soldados no podrían...

ALC. ¡Yo no me escondo allí!

BENITO. ¡Ni yo tampoco!

LOPE. ¡El tiempo vuela! ¡Obedeced! ú os hago agarrotar por dentro de las armaduras.

ALC. ¡Pero este hombre quiere matarnos!

BENITO. Nos vamos á ahogar.

LOPE. ¡Pronto! Esta armadura tiene una maza y esta otra una espada; con ellas podreis defenderos en caso necesario.

ALC. { ¡Que no! Que no!!

BENITO.

LOPE. ¡Quién ha de adivinar ahí nuestra presencia? ¡Pronto! Metedlos de grado ó fuerza. (Á los soldados.)

ALC. y BENITO. ¡Ay, Dios mio de mi alma! (Los colocan detrás de las armaduras.)

MUSICA.

CELIA, LOPE y NORA.

Sin hacer ningun movimiento

esperad el rudo momento

y la ocasion,

con precaucion.

Viendo desde ahí el fin de la funcion.

—
Sorprender es muy necesario

cuanto intenten de extraordinario:

gran precaucion,

mucha atencion

y descubriremos su intencion,

¡chiton!

—
BENITO y ALC. ¡Qué va á ser aquí de los dos!

¡qué horror! ¡qué terror! ¡qué temblor!

Si salimos con vida

de esta armadura
que está tan dura...

CELIA, NORA y LOPE. ¡Resolucion!

BENITO y ALC. Antes que verme en otra
seré cartujo
ó brujo.

¡Ay! que terror tan grande
que me está dando;
yo estoy temblando!

CELIA, NORA y LOPE.

No hay que temblar.
Á entrar en el castillo
por el rastrillo
van ya!

BENITO y ALC. Á entrar por el rastrillo
van ya!
¡Ah!

CELIA, NORA y LOPE.

Á entrar por el rastrillo
van ya!
¡Ah!

(Al terminar el quinteto, quedan Benito y el Alcalde escondidos
cada uno en una armadura.)

HABLADO.

LOPE. ¡Marchemos nosotros!

SOLD. 1.º (Desde la puerta de la galería.) Un hombre acaba de atra-
vesar la galería.

ALC. ¡Otra sombra!

LOPE. ¡Á la sala de armas!

BENITO. Que tengo miedo.

ALC. ¡Que no las tengo todas conmigo!

BENITO. ¡¡Que no quiero estar á oscuras!!

ALC. ¡¡Que no os vayais muy lejos!!

LOPE. ¡Se oyen pasos! ¡¡Silencio!! (Entra con todos en la Armería,
dejando en las armaduras á Benito y el Alcalde.)

ESCENA IX.

GASPAR, BENITO y el ALCALDE, en las armaduras: los demás detrás de los tapices.

Pausa, durante la cual, permanece sola y á oscuras la escena. Música pianísimo en la orquesta, que ha continuado desde el quinteto. Á los pocos momentos entra Gaspar, examinando cuidadosamente la escena, con una linterna sorda en la mano y cubierto con una gran capa negra.

GASPAR. Qué extraña emocion experimento esta noche: á no estar seguro de mi valor, diría que tengo miedo.

BENITO. (¡Si yo me atreviera á mirar por la rejilla!)

ALC. (¡Lo ménos tiene seis varas de alto!)

GASPAR. ¿Qué es eso? ¿Vas tú tambien á temer á los fantasmas que tú mismo has inventado? Asegurémonos ante todo como siempre del terror de cualquier curioso que pueda observar desde lejos el castillo. (Se quita la capa, que deja sobre el sillón. Coloca en la mesa dos sacos pequeños y entra en la habitación de la izquierda.)

BENITO. (¡Es Gaspar!)

ALC. (¡No me engaño! ¡Gaspar es! ¿Qué viene á hacer aquí?)

BENITO. (¿Qué ha dejado sobre la mesa?)

ALC. (¡Qué sacos serán esos!)

BENITO. (Ya está aquí otra vez.)

GASPAR. (Saliendo del cuarto y llevando en el brazo el sudario que sacó D. Lope.) Encendamos primero estas luces que tanto asustan desde léjos á los imbéciles. (Enciende las velas de los candelabros.)

BENITO. (¡Muchas gracias por la parte que me toca!)

ALC. (¡Ya te daré yo los motes!)

GASPAR. Eso es. ¡Ahora el mundo es mio! (Se dirige á la mesa, abre los saquitos y vierte el dinero de que están llenos sobre ella.) ¡Llevemos á cabo mi operacion de todos los meses!

BENITO. (Ah, tunante! ¡Y se hace pasar por pobre!)

GASPAR. Mi mision está para concluir. Las noticias que aguardo decidirán de mi vida, y entreteniéndome unos días más,

con la esperanza de casarse con Celia al estúpido del Alcalde...

ALC. (¡Muchas gracias!)

GASPAR. No pensará en acudir á la Chancillería para que derriben el castillo. ¡Esa sería mi desesperacion! ¿Dónde ocultar entónces mi tesoro? ¿Dónde guardar esos papeles que, durante tantos años, he podido reunir á fuerza de desvelos y fingimiento! ¡Adelante, Gaspar! ¡La jugada es tuya! Nadie sabe lo que eres, ni lo que pretendes. Avaro, cruel, intratable para todos, el terror y la aversion que inspiras es tu mejor escudo. ¡Improba y árdua es la tarea! ¡Pero quien tanto ha sufrido para llegar hasta hoy, no debe retroceder al fin de la jornada. Duerme el pueblo entero léjos de mí, y yo estoy como siempre libre y solo para llevar á cabo mi pensamiento! Acabemos. (Se acerca á la pared de la derecha, toca á un resorte y se abre un hueco, dentro del cual se ven muchos talegos colocados ordenadamente sobre varias tablas.)

BENITO. (¿Qué hace?)

ALC. (¡Se abre la pared!)

GASPAR. ¡Todo está aquí!

ALC. (¡Bonito armario para tomar las onces!)

GASPAR. En este saco vacío, que es mayor, verteré los pequeños. ¡Qué pocos hombres dejarían de sentir vértigos al sonido de este oro! ¡Si el pueblo me viese en este instante, quizá se conmovería más que si oyera esas tradicionales campanas de Carrion, que sólo han de sonar, segun el vulgo, cuando un nuevo conde vuelva á sus dominios. Dios sólo sabe si moriré yo sin haberlas oído!

MUSICA.

GASPAR.

De la riqueza
el brillo sin par
aquí escondido
por siempre está.

Y á mi capricho
de tal tesoro
arroyos de oro
por mí correrán.

—

BENITO y ALC.

¡Oh! ¡Qué truhan!

—

GASPAR.

Yo sin cesar
por llegar
á obtener
tesoro tal,
daré mi ser.
Si alcanzo el fin
que ambicioné,
ya venturoso
morir podré.

—

BENITO y ALC.

(¡Qué alhacenita tan cabal!
¡No me vendría á mí muy mal.)

—

GASPAR.

Por el fin que quiero alcanzar
treinta años tuve que luchar.
Yo no dormí
ni descansé.
Siempre hubo en mí eterna fe
y así mi plan realizaré.

—

BENITO y ALCALDE. (En la prision te lo diré.)

Á TRES.

GASPAR.

El pueblo ya
me teme á mí
y en libertad
me deja así,
causando en él
tenaz horror,

ALCALDE y BENITO.

Mañana tú
sin remision
por siempre irás
á una prision,
y llegarás
fantasma á ser

burlarme sé	con no dormir,
de su terror.	con no comer.
Ya que la alegría	Y ya que has tenido
á mi pecho das,	tan mal corazon
por un sólo dia	vete preparando
vive donde estás.	á la expiacion.

(En este momento suena la campana grande del castillo.)

GASPAR. ¿Qué escucho? ¡Maldicion!!
 ¡¡Horrible realidad!!
 ¡¡Sonido aterrador!!
 ¡¡Mi muerte es cierta ya!!
 ¿Quién va!!!

(En este momento se descorren los tapices del foro y aparece la armería iluminada. D. Lope y el Coro, con las armaduras puestas y las espadas desenvainadas, avanzan amenazadores hácia Gaspar, que retrocede aterrado. Benito y el Alcalde salen de detrás de las armaduras.)

LOPE y CORO. Aquí están los que con fe y valor
 lidiarán sin volverse atrás
 jamás!
Aquí están los que con su espada fiel
fueron la luz de la nacion.
 Estos son
 los nobles condes de Carrion!

—
GASPAR. ¡Maldicion!!
—

TODOS. Mal servidor,
 vil, sin honor,
¿por qué te aterra nuestra vista?
Sin remision
cuenta darás
á la justicia
de tu maldad.
No haya para tí
por tu maldad
nunca piedad.

LOPE. (Al traidor (Á Nora.)
hay que castigar:
ese romance
vuelve á cantar.)
NORA. Tocad, tocad
con grato repicar.
Oid
el son de las campanas
sin cesar!

(Vuelven á sonar las campanas.)
NORA. Toca, toca, toca
en alegre son.
Tan, tilin, tilintin,
tan, tilin, tilon.
Toca, toca, toca
en alegre son,
que al feudal castillo
torna su señor.

Todos. Toca, toca, toca... etc.
(Todos amenazan á Gaspar, que canta alegremente dando mues-
tras de haber perdido la razon hasta que cae al suelo desplomado.
Todos le rodean. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa otra vista del pueblo de Carrion. Gran plaza con árboles y bancos. Á la izquierda, en primer término, la casa de Gaspar, de humilde apariencia y con un emparrado sobre la puerta y ventana baja.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, MOZAS y MOZOS cantando y bailando.

Al levantarse el telon, todo el mundo rie y salta, y este cuadro animado debe continuar algunos instantes; despues se ve aparecer á Gaspar en la puerta de su casa. Mira á todos con temor, y luego se determina á atravesar la escena para irse por la derecha. En cuanto le ven, los mozos y mozas suspenden el baile y las risas, no ocupándose más que de Gaspar.

MUSICA.

Mozos y MOZAS. ¡Basta! ¡basta! ¡no más bailar!
Ved al loco como nos mira.
Miedo infunde su torva faz;
es lo mejor dejarle en paz.
(Ahí está;
mira á aquí:

¿no le veis
sonreír?...
Como ayer
sale ya,
hay que ver
donde va.)

GASPAR.

Pasa un día y otro día
y no alumbra el sol del cielo,
en mi hogar no hay alegría
y en la tierra no hay consuelo.
Y es que en vano espero ya
mi ventura que se va:
siempre en derredor la busco aquí
y no está.

CORO.

(Yo no sé
que dirá,
da terror
su mirar;
no ve al fin,
ni oye ya;
bien se ve,
loco está.)

GASPAR.

Vuelven ya de la batalla
los guerreros de castillo,
de su casco y de su malla
á lo lejos se ve el brillo.
Recibirlos debo ya
que me esperan con afán.
Siempre en derredor los busco aquí
y no están.

(Váse despacio Gaspar por el foro derecha.)

CORO.

Busca aquí
no se qué,

¿qué será?
No lo sé,
Como ayer
hoy se va...
ya se fué,
¿dónde irá?

ESCENA II.

DICHOS, ménos GASPAR..

HABLADO.

- JUANA. No hay más, se marchó.
- MOZO 1.º ¿No sería mejor seguirle para ver lo que hace?
- JUANA. Yo ya lo se.
- TODOS. ¿Tú?
- JUANA. Claro. Gertrudis y yo le hemos seguido de lejos dos mañanas y le hemos visto llegar al foso del castillo, alzar los ojos al cielo, sentarse en la piedra más alta del baranco y estarse horas y horas contemplando la torre de las campanas.
- MOZO. Y ¿no ha entrado dentro?
- JUANA. Aunque quisiera no hubiera podido. Desde que hace seis noches despertó á todo el pueblo el repiqueteo, los soldados no dejan penetrar á nadie.
- MOZO. ¿Y quién es ese capitan á quien esperan?
- JUANA. El mismo que partió aquella madrugada á Valladolid, llevando, segun dijo, dos caballos de repuesto para reventarlos en el camino si era preciso.
- MOZO. Pues en seis dias que hace que se marchó, ya podia haber dado la vuelta á España.
- JUANA. Aquí pasan unas cosas muy raras. Gaspar, loco; Nora, condesa; Celia, cuidando de su tio y pasando todas las tardes clavada en la cruz del camino de Valladolid, como si esperara á álguien: Benito sin parecer por casa de Celia, y el Alcalde medio atontado desde aquella noche.

MOZO. Ese lo estaba ántes y no hay que extrañarlo.
JUANA. Pero dicen que ya no se casa con Celia.
MOZO. Ni Benito tampoco.
JUANA. ¡Callad! ¡El Alcalde!
MOZO. Es verdad. Á ver si le haces hablar y sabemos algo.
JUANA. ¡Está distraído!
MOZO. Buenos dias, señor Alcalde.

ESCENA III.

DICHOS y el ALCALDE, por el foro izquierda.

ALC. ¡Eh! ¿Quién va? (Saliendo de su distraccion.)
JUANA. ¡Si somos nosotros!
ALC. ¡Ah!... ¡Cierto!... no os había conocido.
JUANA. (¿Lo veis? Tonto de remate.) (Á todos.)
ALC. ¿Qué haceis aquí? ¿Por qué habeis venido?
JUANA. ¡Toma! Como es el último dia de feria, á echar el resto cantando y bailando.
ALC. ¡Bien! ¡bien! (Desde que estuve detrás de aquella maldita armadura, se me figura que todos mis miembros son de acero. Verdad es que yo he tenido miedo muchas veces; pero como el miedo de la otra noche, no creí nunca que le hubiera en el mundo. Tampoco hoy ha venido, y hace ya seis dias que se fué, y como durante su ausencia tengo que velar por tantas cosas, no sé por donde empezar.) ¡Juanilla!
JUANA. ¡Señor Alcalde!
ALC. ¿Has visto á Gaspar?
JUANA. Hace un momento que ha salido de su casa como todos los dias, hablando solo y dirigiéndose al castillo.
ALC. ¡Donde los centinelas no le dejarán entrar! (¡Claro! ¡Querrá dar una vuelta por el armario de las provisiones! ¡Ya está fresco!) ¿Y Celia? ¿No ha salido de su casa todavía? (Celia aparece en la puerta de la casa de Gaspar, y se queda pensativa sin reparar en los que hay en escena.)
JUANA. Vedla: ahora sale.
ALC. ¡Pues... media vuelta á la derecha!

- JUANA. ¡Ay! ¡Se ha vuelto militar el señor Alcalde!
- ALC. ¡Desde que estoy entre soldados, soy yo muy guerrero! Haced el favor de marcharos á la Plaza de la Fuente.
- JUANA. ¡Si allí no hay nada que ver!
- ALC. ¡Yo lo mando y basta! Desde allí se ve el camino de Valladolid. Id á ver si viene el capitán que esperamos
(Al oír nombrar al capitán, Celia alza la cabeza y ve al Alcalde.)
- JUANA. ¿Pero quién es ese hombre?
- ALC. Á tí no te importa.
- CELIA. ¡(Es el Alcalde! Si tendrá noticias...)
- ALC. ¡Largo de aquí!
- JUANA. ¡(Qué lástima! Cuando podíamos enterarnos de algo...)
- MOZO. ¡Vamos á correr y á saltar, que á nosotros nos lo han de dar todo cocido y amasado!
- ALC. ¡¡Pronto!!
- JUANA. ¡Siga la broma! (Vánse por el foro derecha.)

ESCENA IV.

CELIA, el ALCALDE.

- ALC. ¡Gracias á Dios que estamos solos! ¿Qué hay de nuevo?
- CELIA. ¡Eso os pregunto yo!
- ALC. Nada, hija, nada. El capitán no ha vuelto. El registro que por su orden se hizo en el libro parroquial, no ha dado resultado ninguno. La partida de bautismo de Nora, no dice más sino que fué encontrada á la puerta de la iglesia por Gaspar, quien la puso por nombre Nicanora: que es hija de padres desconocidos, y que fué su madrina la tía Coscogilla, la que vendía buñuelos y aguardiente en el rollo. Ni más, ni menos.
- CELIA. Y del castillo, ¿qué hay?
- ALC. ¿Qué hay? Que no hay nada. Con arreglo á la orden que dejó el capitán, siguen los soldados en guardia permanente. Los centinelas no dejan entrar á nadie, empezando por mí. El armario sigue cerrado con los tale-

gos dentro. Las velas apagadas. Las armaduras en su sitio, las campanas sin tocar, y yo cada vez que me acuerdo... con un cerote que no puedo vivir! Eso es lo que hay.

CELIA. Pero si el capitán al llevarse los documentos del legajo á la Chancillería, dijo que volvería cuanto ántes, y en seis días no ha vuelto... ¿por qué no mandais un propio á Leon?

ALC. ¿Un propio? Lo propio es mandarlo que no mandarlo. De aquí á allá hay catorce ventorrillos, veinte tabernas y siete pueblos; á cuartillo de vino en cada parada podemos calcular que llegaría á Valladolid el día del juicio por la tarde.

CELIA. ¿Y Nora?

ALC. ¡Oh! ¡Esa está en grande! Como también por orden del capitán se le ha facilitado el guardarropa del castillo; todo se le vuelven plumas y cintajos. Tiene tal afición á arrastrar cola, que yo creo que un día se la va á poner en la cara y va á ir arrastrando narices por todo el pueblo!

CELIA. ¿Benito tampoco parece?

ALC. ¡Ni ella le deja á él, ni él la deja á ella. Dice ella que él va á ser su mayordomo, su escudero, su maestresala, y él dice que quiere amarla en silencio hasta el fin de sus días; y aquí tienes tú que, por fas ó por nefas, te has quedado soltera y sin novio, puesto que te has negado rotundamente á casarte conmigo, y Benito te ha vuelto rotundamente la espalda. Aquí todos somos muy rotundos!

CELIA. ¡Yo estoy muy bien así, y os agradezco que me dejéis sola cuidar de mi pobre tío, que desde aquella noche ha perdido la razón!

ALC. ¿Y qué tal te trata ahora?

CELIA. Perfectamente. Me obedece como un niño en todo lo que le mando, y se echa á llorar como un chiquillo siempre que me ve triste.

ALC. ¡Hombre! ¿Qué demonio! Está visto que todos los bri-

bones debían volverse locos para ser buenos. ¿Y sigue con su manía de pasarse las horas muertas frente al castillo?

CELIA. Sí; pero hoy me ha dado miedo cuando le he visto salir. Hablaba solo, y decía: «Si hoy no vuelve, ya no quiero vivir más!» Y como se coloca sobre la peña del barranco puede que intente arrojarle á él.

ALC. ¡Eso es preciso evitarlo! Si recobra la razon, ó si como creo, la Chancillería lo dispone, tendremos que ahorcarle por ladron un dia de estos; y si se mata él ántes, nos quita la diversion.

CELIA. ¡Ave María Purísima!

ALC. Sin pecado concebida Santísima. Yo no le dejo allí; voy á buscarle; y si no quiere volver á su casa me le traigo entre cuatro soldados.

CELIA. Decís bien. Id y traedle cuanto ántes.

ALC. ¡Qué lástima de chica! ¡Hubiera sido tan feliz conmigo!... Está visto que estas muchachas no saben apreciar el mérito, porque hay que convenir en que yo soy un buen mozo; y si no fuera por este temblor que le han quedado á mis piernas desde la otra noche, era un hombre hasta allí!)

CELIA. ¡Otro dia más!

ALC. ¡Todavía puede que me la lleve!) (Se va por la derecha.)

ESCENA V.

CELIA.

Todo me parece un sueño. Su emocion. Sus palabras, que pasaron como un relámpago para despertar mi alma, y que no puedo apartar un momento de mi memoria. Á la mañana siguiente, y al partir para Valladolid, no hizo más que mirarme; pero sus ojos me dijeron tanto, que desde aquel instante vive mi alma con la luz de su mirada.

MÚSICA.

¿Por qué su voz oí
con placer sin igual?
¿por qué mi amor le dí?
¿por qué el alma tras él se va?
Á sus palabras de amor
ví alegrarse mi vida desventurada,
y mi finjido rigor
se deshizo á los rayos de su mirada.
Jamás olvidaré
la emoción que sentí,
y al darle mi alma y fe
toda la vida que bibraba en mí
le dí.

—
Si en el olvido
mi nombre querido
llegara á arrojar
voluble y cruel,
por siempre mi alma
perdiendo su calma
de llanto en un mar
se iría tras él.
No más, no más sufrir
ni dudar de su amor,
que si él es mi existir
darle el alma y la vida es mejor.
Dichosa si me jura
que amarme es su ventura:
dichosa si le veo
en alas del deseo
buscando en mis labios amantes
un sí encantador,
de amor.

HABLADO.

¿Y no habré sido yo una loca al dar oídos á un hombre de clase más elevada que la mía? ¡Un capitán enamorado de una pobre aldeana! Y si mi tío es efectivamente culpable y cae sobre su nombre un infamante castigo... ¿cómo se atrevería ese hidalgo á elevarme hasta él, cuando aun siendo buena y honrada parecería su amor una locura?

VOCES DENTRO. ¡Vedla! ¡Ella es! ¡Ella es!

CELIA. ¡Vuelven hácia aquí! ¡Me hace daño la alegría! ¡No quiero ver á nadie! (Entra en su casa.)

ESCENA VI.

MOZOS, MOZAS, á poco BENITO, despues NORA por el foro derecha.

MUSICA.

CORO. Ya está aquí la bella Nora,
dama principal,
con su traje real:
¡quién había de creerlo!
¡quién lo había de pensar!
Tiene joyas; tiene galas;
se pasea en fin
como un puerco-espín,
y es condesa y gran señora
desde el pelo hasta el chapín.

BENITO. ¡Chiton! ¡Chiton!
ya veis que viene aquí
la gran condesa de Carrion.

NORA. ¡Sencillas gentes del lugar! (Ricamente vestida.)
Mirad

si no se advierte en mi
un gusto singular.
¿Qué tal estoy así?

CORO. Muy bien está.

I.

NORA. Yo he nacido gran señora!
yo no soy la Nicanora
como el pueblo me llamó.
Me pusieron en la pila
Conegunda, Petronila,
Berenguela, y qué se yo?
Metidito en un armario
mi tesoro extraordinario
en cien sacos se encontró,
y al mirarle dije allí...
tómale, tómale para tí,
que pues llegas rica á ser
gástale, gástale con placer.

CORO. ¡Es muy bella de verdad! (Á Benito.)
Mírala, mírala, qué bien va.
No es ya Nora para tí,
quítate, quítate tú de aquí.

—

BENITO. Al dejarla fui yo ya
bárbaro: bárbaro de verdad,
y al mirarla, me diré,
limpiate, limpiate que estás de...

II.

NORA. Tengo plumas para el pelo
y basquiñas hasta el suelo
y seis dedos de tacon,
y con este guardaropa
por la cara y por la boca
llamo á todos la atencion:
y dirá algun mozalvete,
es que está de rechupete

la condesa de Carrion.
Ay qué bien, qué bien está,
mírala, mírala, qué bien va,
desde el punto que la ví
quíerola, quíerola para mí.

(Despues Coro y Benito.)

HABLADO

- NORA. Sí: amigas mías. Desde pequeñita me aplastaba vuestra compañía; me disgustaba vuestro trato y me crispaban los nervios vuestros dicharachos. Lo único por qué yo me pirraba, era por el baile, y por el baile, á pesar de mi cola, me sigo pirrando todavía.
- JUANA. ¡Habla perfectamente!
- BENITO. ¡Ya lo creo! ¡Por algo te adoraba mi corazon! Por algo eras tú mi preferida entre todas las del pueblo!
- NORA. ¡Pero tunante! ¿No despreciaste mi amor por correr tras de Celia?
- BENITO. Si fué ella quién se empeñó en casarse conmigo!
- NORA. Si no la hubieras salvada la vida...
- BENITO. ¡Ah! Si yo no la hubiera sacado del rio, volverías á querirme!
- NORA. No digo eso, muchacho. Yo estoy ya muy alta y tú estás aun muy bajo... pero si no hubieras sido un bribon... ¡quién sabe lo que podía haber sucedido!
- BENITO. ¡Ay, Norita! ¿Qué no haría yo por reconquistar tu aprecio?
- NORA. ¡Y empeñado en tutearme!) (Aparece Gaspar por el foro derecha.)
- TODOS. ¡Gaspar!! ¡El loco!! ¡El loco!!
- NORA. ¡Me alegro! Venía á buscarle. Ya que pasan dias sin que nadie me ponga en posesion de mi condado y de mi armario, quiero que me entere de todas las particularidades de mi nacimiento.
- BENITO. ¡Pero si ya te he dicho que ese hombre está rematado! ¡Si ya le has oido decir disparates sin ton ni son!

NORA. ¡Pero qué familiaridades son estas... ¡Qué tuteo es ese!

BENITO. ¡El mío!

NORA. ¡Basta! ¡Apartad!

ESCENA VII.

DICHOS, GASPAR, que se dirige poco á poco á su casa y NORA le detiene.

NORA. ¡Gaspar! ¡Soy yo! ¿No me conoces?

GASPAR. Sí, hace mucho tiempo. (Hablando muy despacio.)

NORA. ¡Claro! desde que nací. Pero ahora ¿sabes quién soy?

GASPAR. Norilla.

NORA. No, hijo, no. Eso quisieras tú para quedarte con los sacos! ¡Pero todo se ha descubierto! Los papeles lo dicen: «Bauticé á una niña llamada Urraca, Augusta, Alejandra, Conegunda, etc., etc.

GASPAR. Sí.

NORA. ¡Ya lo creo que sí! ¡Y esa niña soy yo!

GASPAR. No.

NORA. ¿No? ¿Cómo que no? Recordad bien lo que dice la carta. Yo nací en Leon, y un hombre me trajo recién nacida á tu poder por orden de mi madre. Tú me pusiste á la puerta de la iglesia para mejor guardar el secreto que te encargaron, y fingiste que me recogias.

GASPAR. ¡Yo!

NORA. Si me acuerdo yo perfectamente!

GASPAR. ¡Memoria es!

BENITO. (¡Pues no parece loco segun contesta!)

NORA. ¡Vamos! ¿Qué tienes que decir á todo esto?

GASPAR. ¿Yo?... j á, j á...

«Toca, toca, toca,
en alegre son.»

(Se dirige despacio á su casa.)

NORA. (Vamos. ¡Está loco! No tiene remedio.)

BENITO. (Me parece que el tío ese está tan loco como yo.)

NORA. Yo no puedo seguir en esta incertidumbre. ¡Á ver!
¿Dónde está el Alcalde?

- JUANA. Le he visto ántes dirigirse al castillo.
NORA. Es preciso que se mande ahora mismo un hombre á Valladolid para ver qué ocurre. ¿Por qué no vuelve el capitán? ¿Por qué se llevó mis papeles?
BENITO. Por servirte seria yo capaz de ir hasta el fin del mundo.
NORA. Lo primero es buscar al Alcalde. ¡Vasallos y vasallas, venid conmigo! Benito, cójeme la cola.
BENITO. ¡Con mil amores!
NORA. ¡Pero no la estrujes, hombre! No seas ordinario. (Váanse todos por la derecha. Música en la orquesta mientras se van.)

ESCENA VIII.

GASPAR, solo.

¡Al fin!... Todos quieren hacerme hablar, y yo no hablaré ni una palabra hasta el regreso de ese hombre, que ha deshecho todos mis planes de treinta años. Cuando pasado mi primer momento de terror temí que aquel hombre viniera de orden del rey á descubrir mi tesoro y á buscarme al castillo, resolví fingir que había perdido la razón. Así quedará impenetrable mi secreto para todo el mundo hasta que Dios disponga de mi suerte. Finjamos aún y esperemos en Él. (Se va á su casa pensativo.)

ESCENA IX.

BENITO y ALCALDE, por el foro derecha.

- BENITO. Os digo, señor Alcalde, que la condesa os llama.
ALC. ¡Pues yo te digo que no me da la gana de servirla! Hace seis días que nos trae al retortero sin cesar! Señor Alcalde, por aquí, señor Alcalde por allá, y yo, mientras no sepa á qué atenerme de fijo, no la tengo por condesa, aunque lleve más cola que un pavo real! Gaspar no estaba donde le he buscado. ¿Le has visto tú?
BENITO. Le hemos dejado aquí todos hace un momento.

ALC. ¡Ah! ¡Está en su casa! ¡Eso es otra cosa! Yo respondo de él al capitán y á la justicia, y no puedo dejarle á sol ni á sombra.

BENITO. Pero ¿qué le digo á la condesa?

ALC. Que vuelvo.

LOPE. ¡Deteneos! (Por el foro izquierda.)

ESCENA X.

DICHOS, D. LOPE.

ALC. ¡Ah! ¡El capitán ya de vuelta!

BENITO. ¡Corro á dar la noticia!!

LOPE. Quieto aquí.

BENITO. (¡Pero cómo manda aquí todo el mundo!)

ALC. Pero ¿qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

LOPE. Todo lo contrario de cuanto podíamos figurarnos.

ALC. Sí, ¿eh?

LOPE. Ya lo sabreis á su tiempo. Decidme en tanto, ¿Gaspar?

ALC. Lo mismo que aquella noche. La emoción y el susto al verse sorprendido y descubierto, le han trastornado por completo la razón.

LOPE. ¿Y Celia?

ALC. ¿Su sobrina? Hecha una estatua desde que os habeis ido. Ni habla, ni pregunta, ni contesta. Nora, en cambio, es decir, la señora condesa, se da unas panzadas de pasear sus galas, que es una bendición de Dios.

BENITO. ¡Voy á anunciarla vuestra vuelta!

LOPE. ¡Quieto, os he dicho!! Tengo que haceros varias preguntas.

ALC. (¡Este hombre está preguntando siempre! ¡Es su manía!)

LOPE. La otra noche en el castillo supe por Celia vuestro heroísmo, y la promesa que hizo de ser esposa de quien la había salvado la vida.

ALC. (¡Pero este capitán no hace más que meterse en lo que no le importa!) Cuando os esperábamos todos con tanta

impaciencia para saber...

LOPE. Esto me interesa mucho más.

BENITO. Efectivamente. Yo he querido á Celia... y la quiero... y la querré; pero como ella no está bastante inclinada... Además, la pretende el señor Alcalde, y...

ALC. Mira, á mí no me metas en líos; ese era un plan de Gaspar, y yo no quiero ya nada con esa familia.

LOPE. ¿Conque fuiste tú quien la sacó del río?

ESCENA XI.

DICHOS, CELIA, á la puerta.

CELIA. (¡Ah! ¡Es él! ¡Ya ha vuelto y no ha venido en seguida á buscarme!)

BENITO. ¡Ya lo creo que fui yo!

ALC. ¿De qué color era la casulla?

BENITO. No entiendo...

ALC. Eso se pregunta á los chicos cuando se van á jugar á la pelota y dicen que han estado en misa.

BENITO. ¿Qué quereis decir?

ALC. ¿Qué parece mentira que un hombre que tiene tanto miedo en seco, sea tan valiente en el agua!

BENITO. Pues preguntádselo á ella.

ALC. Si Celia, segun dicen, estuvo desmayada despues más de una hora.

CELIA. (¡Hablan de mí!)

LOPE. Cuéntanos cómo la salvaste.

BENITO. ¡Como se salva á todo el que se echa al agua! Yo pasaba cerca del río; ví una cosa blanca: me eché al agua...

ALC. ¿Y cuándo has aprendido tú á nadar?

BENITO. ¡Raras preguntas! Yo la saqué á la orilla, y...

LOPE. ¡Mientes! ¡Miserable! (Cogiéndole del cuello con ira.)

BENITO. ¿Eh?

ALC. ¿Cómo?

LOPE. ¡Mirame bien! ¿No me reconoces?

BENITO. ¿Yo? (Aturdido.)

LOPE. No recuerdas haberme visto la noche que dejé á Celia

- en tus brazos?
- CELIA. (¿Qué dice?)
- BENITO. ¡Ah! ¿Conque aquel caballero que me la entregó, érais vos?
- CELIA. (¿Él!)
- LOPE. No te dije, «el tiempo me es más preciso que la vida!» ¿No me viste montar otra vez á caballo y desaparecer por el camino?
- BENITO. Sí tal, sí tal. Pero... ¿quién se resiste al verse abrazar, y al oírse llamar salvador mío, por una chica guapa?
- ALC. ¡Me gusta el descaro! Por eso te preguntaba yo, de qué color era la casulla!
- LOPE. Mira la cinta conque Celia oprimía su talle, y que quedó en mis manos al sacarla de la corriente! (Enseñándole un listón de seda azul.)
- ALC. ¡Contesta! ¡Tunante!
- BENITO. ¡Perdon! ¡Señor capitán! Yo haré lo que queráis.
- LOPE. Mientras yo termino con el señor Alcalde los asuntos del castillo, tú vas á buscar á Celia, y á confesarla tu engaño. Pero óyeme bien. Si pronuncias el nombre de don Lope, si dices que fui yo quien la salvó la vida, corre peligro la tuya! Yo quiero que tú mismo arranques de su pecho la gratitud que te conserva! Pero... ni una palabra acerca de mí!
- CELIA. (Acercándose.) Es inútil. Lo sé todo.
- LOPE. ¡Ah! ¿Tú?... ¡Qué nadie sepa mi vuelta! ¡Lo exijo: lo mando!
- ALC. Punto en boca. Ya estamos aquí demás. (Ella le mira á él, él la mira á ella; ¡bonita boda hubiera yo hecho!)
- BENITO. (Me queda Nora.)
- ALC. (Mira. Cuando te quieras pasar por agua, tienes que estar más tiempo en el puchero. Vamos andando!) (Vánse los dos.)

ESCENA XII.

CELIA, D. LOPE.

- CELIA. ¿Conque érais vos quien me salvó la vida? ¿Por qué

- LOPE. querías ocultármelo?
- LOPE. Sin ver tu rostro peregrino te dejé en brazos de ese hombre.—El afecto que le consagrabas ató mi lengua hasta este instante.
- CELIA. Gratitud era y no amor lo que por él sentía mi alma. Gratitud siente aún, porque su conducta me libra de mi juramento.
- LOPE. ¿Y si yo te le reclamára? ¿Y si no importándome tu humilde cuna, cifrára yo en tu amor mi dicha entera?
- CELIA. Soy sobrina del hombre á quien todos aborrecen, soy pobre y desvalida... Dadme ese lazo, pues, y dejadme que encierre en él el eterno recuerdo que os consagro.
- LOPE. ¡Mi vida es tuya desde hoy!
- CELIA. ¡Ah! ¡Vos no podeis amarme!
- LOPE. Esta cinta es mi mejor respuesta. Ahora dime, ¿dónde está Gaspar?
- CELIA. Sigue en el mismo estado en que le dejásteis.
- LOPE. Su locura no será cierta. Llevadme á su lado y allí lo sabreis todo.
- CELIA. Pero ese tesoro que guardaba... esa niña que fingió recoger...
- NORA. (Dentro.) ¡Os digo que le han visto!
- ALC. (Id.) ¡Os digo que no!
- LOPE. ¡Oh! ¡Viene gente! venid, venid. (Entran en la casa.)

ESCENA XIII.

NORA, BENITO, el ALCALDE, MOZAS y MOZOS.

- ALC. ¿Lo veis cómo no hay aquí nadie tampoco?
- NORA. ¡Pues cuando ha corrido por el pueblo la noticia de la vuelta del capitán, algo debe haber!
- ALC. (Á Benito.) ¡Como hayas tú dicho palabra, te despelejo!
- NORA. ¡Repito que esta incertidumbre me es insoportable! Bien vengan todos los condados del mundo; pero si todos son tan aburridos como el mio, no les arriendo la

- ganancia.
- BENITO. ¡Pues no te has de aburrir con esa golilla y esos relumbrones!
- NORA. (¡Y vuelta al tuteo!)
- BENITO. ¡Para que hubiéramos estado ántes en último día de feria sin echar un baile! ¡Y sin que Nora rindiera á todos los mozos del pueblo!
- ALC. ¡Ya lo creo! ¡Pero el respeto que su magnificencia nos infunde, me impide á mí también echar una cana al aire!
- NORA. ¡Por mí que no quede! Yo le presenciaré con gusto. (¡Así como así, en hablando de baile ya no sé dónde tengo las piernas!)
- BENITO. (¡La voy á poner al borde del abismo!) Consiente la señora condesa en que echemos una *Chilindrina* con su ronda y todo?
- NORA. ¡En nada podemos emplear mejor el tiempo mientras el capitán parece!
- BENITO. ¡Pues ea! ¡Señor Alcalde! ¿Quién dijo miedo?
- ALC. (Así la entretenemos.) ¡Haced corro, muchachas! Ahí va la chilindrina por la salud de los presentes!

MUSICA.

- ALC. Con un jarron de moscatel
comienza el baile del lugar,
y cuando todos prueban de él
se entona alegre este cantar:

—
«Á la zamba y la pataleta.
Media vuelta y alzar el pie
con el jarron de moscatel.»
Bailar y más bailar,
no me abandones á la pareja,
que en no bailando bien
yo te la quito en un santiamen.
(Baila de un modo grotesco.)

Á la chilindrina,
chilindrina, chilindrina, voy,
mueve el cuerpo indina,
con el chi... con el chilindron,
chilindron.

CORO. Á la chilindrina, etc.

(Todos bailan. Nora, que está haciendo esfuerzos por contenerse, se levanta la cola y se dirige de repente al proscenio. Todos la rodean.)

NORA. Por mi manera de bailar
he sido asombro del lugar,
y aunque ya soy condesa hoy
las quiero á todas enseñar.
Mi pareja va á ser Benito,
ya que ha sido quien me enseñó
lo que olvidar no puedo yo.
Bailar y más bailar;
no me echés chinás al zagalejo,
que en no bailando bien
otro mocito me lleva con él.

Á la chilindrina, etc. (Baila con Benito.)

CORO. Á la chilindrina, etc.

(Todos bailan. El Alcalde, con una moza enfrente de Nora, baila desatinadamente, hasta que con los movimientos se encuentra con la peluca del revés, cayéndole las greñas sobre la cara. Grandes risas.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CELIA, GASPAR y D. LOPE, saliendo de la casa.

HABLADO

Todos. ¡El capitan!

- NORA. ¡Con Celia y Gaspar! ¡Cuando yo lo decía!...
- LOPE. (Á Gaspar.) Ven á recibir delante de todo el pueblo el premio que merece tu conducta.
- NORA. (Á D. Lope.) ¿Traeis ya las pruebas positivas de mi nacimiento, que es lo que importa?
- LOPE. Lo que importa es que sepais que el rey don Cárlos segundo ha levantado el secuestro de los bienes de los condes de Carrion, perdonando á sus herederos del crimen de alta traicion que sobre ellos pesaba, y que este perdon ha sido concedido en vista de las continuas solicitudes de Gaspar, por medio de la Chancillería de Valladolid.
- NORA. ¿Y aquel tesoro? ¡Aquellos papeles?
- GASPAR. Treinta años sin descansar un dia he empleado en rehacer la fortuna de mi antiguo señor. Todos los títulos de las tierras y propiedades, compradas por mí con nombre supuesto, y todas las cuentas de esta nueva fortuna, están depositadas en el mismo armario que encierra aquel tesoro.
- NORA. ¿Conque todo es mio gracias á tí? Te nombro mi mayordomo.
- LOPE. Yo le nombro mi amigo. Querida sobrina, mucho lo siento, pero yo soy don Lope de Noroña, hijo menor del conde de Carrion.
- NORA. ¡Cómo! ¡Mi tio!
- ALC. ¡Adios condado! ¡Pareció el tio!
- CELIA. ¡Él! el conde! (Desdichada de mí!)
- LOPE. Ocultando mi nombre he vivido al servicio del rey, y hoy que por mi fiel Gaspar vuelvo á poseer el nombre y la fortuna de mi casa, premio su lealtad y hago mi dicha pidiéndole la mano de su sobrina Celia, á quien amo, y á quien salvé la vida hace tres meses.
- CELIA. ¡Cómo! ¡Yo... vuestra esposa? ¡Imposible!
- GASPAR. Celia no es mi sobrina. Celia es la vuestra; que oculta por mí en un convento, salió de él para recibir de mis manos la herencia de sus mayores, si llegaba el perdon del rey, ya que yo ignoraba por completo vuestra exis-

tencia.

NORA. ¿Pero y yo... y yo, quién soy?

GASPAR. Tu partida de bautismo lo dice: la niña á quien yo recogí á la puerta de la iglesia.

NORA y BENITO. ¡Ah!

ALC. Ya no hay «tio, pásame ucé el rio.»; Adios plumas, adios cola! ¿No te lo dije? ¡Vuelta á la compra!

CELIA. No: ella ha sido mi amiga; ella estaba conmigo en el castillo la noche feliz en que don Lope me dijo por primera vez que me amaba, y su suerte corre á cargo nuestro.

LOPE. Tu voluntad es la mia.

BENITO. Y... aquí está mi mano.

NORA. No la merecías por ambicioso.

GASPAR. ¡Y ahora, señor conde, ya puedo morir tranquilo!

CELIA. Suenen otra vez y para siempre en señal de nuestra alegría las CAMPANAS DE CARRION!

MUSICA.

Música del final de los dos actos anteriores.

NORA.	Toca, toca, toca
	en alegre son, etc.
CORO.	Toca, toca, toca, etc.

FIN DE LA ZARZUELA.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

- | | | |
|--|---|---|
| El amor y la moda. | Batalla de Reinas. | Dios sobre todo. |
| El toro y el tigre. | El amor y el interés. (3. ^a edición.) | El hombre libre. |
| Quien piensa mal, mal acierta. | La planta exótica. (2. ^a edición.) | La primera piedra. |
| Pedro el marino. | La paloma y los halcones. | Estudio del natural (2. ^a edición.) |
| El cuello de una camisa. | El rey del mundo. | La cosecha. (2. ^a edición.) |
| En palacio y en la calle. | La oración de la tarde. (6. ^a edición.) | En brazos de la muerte. |
| Las tres noblezas. | Los lazos de la familia. (4. ^a edición.) | ¡Bienaventurados los que lloran! (4. ^a edición.) |
| Quien á cuchillo mata. | Rico de amor. | El bien perdido. (2. ^a edición.) |
| Á caza de cuervos. | Barómetro conyugal (2). | Oros, copas, espadas y bastos. (4. ^a edición.) |
| Una nube de verano. (5. ^a edición.) | La lápida mortuoria. | El ángel de la muerte. |
| Lanuza. | La bolsa y el bolsillo. | El Becerro de oro. |
| Entre todas las mujeres (1) | El Marqués y el Marquesito. | Los hijos de Adán. |
| Sapos y culebras (1). | Los infieles (3). (5. ^a edición.) | El árbol del Paraíso. |
| Una Virgen de Murillo (1). | La agonía. (3. ^a edición.) | El Caballero de Gracia. |
| El beso de Judas. | Flores y perlas. (4. ^a edición.) | La tarde de Noche-buena. |
| Una lágrima y un beso. | | ¡Una lágrima! |
| Juicios de Dios. | | Los corazones de oro. |
| La flor del valle. (2. ^a edición.) | | Tres piés al gato... |
| La pluma y la espada. | | |

ZARZUELAS.

- | | | |
|--|--|--|
| Un embuste y una boda. (Música de Genovés.) | Los órganos de Mostoles. (M. de Rogel.) (2. ^a edición.) | La creación refundida. (M. de Rogel.) |
| Todo son raptos. (M. de Oudrid.) | Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.) | El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (6. ^a edición.) |
| As en puerta. (M. de Oudrid.) | La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.) | La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2. ^a edición.) |
| La perla negra. (M. de Vazquez.) | Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.) | Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.) |
| Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (5. ^a edición.) | Los hijos de la costa. (M. de Marqués.) | Viaje á la luna. (M. de Rogel.) |
| La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (5. ^a edición.) | Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.) | Juan de Urbina. (M. de Barbieri.) |
| Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4). | La prima-donna. (M. de zarzuelas.) | Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.) |
| Una revancha. (M. de Campo.) | El atrevido en la corte. (M. de Caballero.) | Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.) |
| La insula Barataria. (M. de Arrieta.) | El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenega.) (5). | |
| Punto y aparte. (M. de Rogel.) | Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4. ^a edición.) | |

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edición.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

- (1) En colaboración con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con Don Ramon de Navarrete. (5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.